

HISTORIA

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y BIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PÉRSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

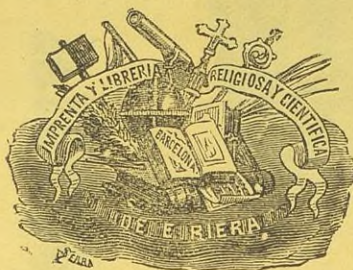
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, núm. 24 y 26.
1877.

Cuaderno 68.

Enrique se constituye en el monasterio de San Gall. Arroja de él al abad Luthold, estableciendo en su lugar á Ubrico.

El ejército de Enrique entra en la Baviera. Eran los enemigos del Papa y de la Iglesia; creían que esto les daba carácter y que les autorizaba para realizar muertes, devastacion de iglesias, destierro de obispos; en una palabra, las escenas más deplorables.

La agitacion que reina entre los alemanes se extiende tambien á la Italia. Si por una parte la condesa Matilde trabaja en calmar los ánimos, otros muchos se empeñan en avivar el fuego de la discordia.



WOLSEY.

En Lombardía especialmente los clérigos simoníacos pisotean los cánones pontificios, teniendo de su parte á los señores dispuestos á sostener la rebelion.

Quien alienta estos desórdenes de un modo especial es Guibert, el arzobispo de Rávena, que ambiciona subir á la cátedra pontificia.

Gregorio le invita á un Concilio diciéndole:

«Os invitamos en virtud de nuestra autoridad para que os encontréis en el sínodo próximo, en la seguridad de que no tenéis que temer nada, ni por vuestra vida, ni por cuanto os pertenezca, pues estaréis al abrigo de toda injuria, al ménos por parte de aquellos que nos están sumisos. Queremos que sepáis que jamas ni el odio, ni la súplica, ni el orgullo vergonzoso del siglo podrán determinarnos á ser injustos para con vos.»

Celebra efectivamente Gregorio un Concilio, que es el cuarto de su pontificado, en el que ensaya poder venir á una tregua entre los dos príncipes que asolan la Alemania. Asisten al sínodo los legados de Enrique; por su parte Rodolfo, aunque Enrique les tenía cerrado el paso, logra tambien hacer que los suyos lleguen á Roma.

Los legados de Rodolfo declaran que el Rey su señor se somete por completo al jefe de la cristiandad y le pide que tenga en cuenta la aflictiva situación de la Alemania. Los legados de Enrique, afectando gran respeto al Padre Santo y al Concilio, formulan sus quejas contra Rodolfo. Pretenden que éste se ha hecho reo de traición contra su legítimo monarca, al cual había jurado fidelidad, y que merecía como usurpador los anatemas de la sede apostólica.

En la asamblea, aunque en notable minoría, hallábanse algunos que simpatizaban por la causa de Enrique.

Gregorio, procediendo con la correspondiente prudencia, se abstiene de dar un fallo definitivo, pues cree que la cuestión entre alemanes, en último resultado, donde debe resolverse es en Alemania.

«No obstante, dice el Papa, como esta querrela y las perturbaciones del reino vienen causando á la Iglesia males incalculables, juzgamos á propósito enviar allí legados sabios y prudentes, quienes convocarán á los hombres piadosos de todos los órdenes, á fin de establecer, con la gracia de Dios y con su concurso, la paz y la concordia, ó amparar, con todos los medios de que dispongan, el partido que tenga de su parte el derecho de la justicia.»

En aquel sínodo renovóse la excomunión contra Tebaldo de Milan y Guibert de Rávena, los cuales no comparecieron á defenderse después de ser citados. También se excomulgó á Hugo el Blanco, que difundía por Alemania un libelo infamatorio contra el Sumo Pontífice.

Las decisiones del Concilio, lejos de producir un efecto favorable, agriaron todavía más las cuestiones pendientes: las dos banderas se destrozaban con más encono que nunca.

Enrique seguía nombrando obispos sin autorización del Papa. Colocó á su capellán Thietbald en la sede de Constanza, nombró á un personaje llamado Engelbert, arzobispo de Tréveris, dándole la investidura con la entrega del báculo y del anillo, á pesar de las disposiciones pontificias (1).

La mala fe de Enrique llegaba al extremo de entablar negociaciones de paz cabalmente cuando preparaba un golpe de mano contra su rival, al que quería sorprender desprevenido, faltando así cínicamente á las leyes de la lealtad.

Cerca de Melrichstadt, en la Franconia, el ejército de Enrique se arroja tan de improviso sobre el de Rodolfo, que éste apenas tiene tiempo de formar sus tropas en batalla. No ha podido animarlas todavía para el combate, y ya se oye el choque de las armas y los ayes de los moribundos.

Rodolfo, con su corazón de héroe, se coloca al frente de sus soldados, los alienta, no con discursos, sino con su ejemplo, y pronto aparecen envueltas dos columnas del ejército enriquesta.

Los dos bandos se portan con bravura.

Multitud de nobles caen á los pies de Rodolfo; la mortandad es tal, aún entre los personajes más distinguidos que, á pesar de los esfuerzos del Príncipe, ya no es posible contener á los combatientes en su retirada. Pero se oye á lo lejos el grito de guerra sajón—¡San Pedro! ¡San Pedro!

El bando de Rodolfo se reanima con este refuerzo que llegaba en hora tan oportuna. Enbisten contra las tropas de Enrique, entre la que se abren paso en medio de multitud de cadáveres.

Circula el rumor de que Enrique ha muerto. La confusión se introduce en las filas de los enriquestas, los cuales retroceden en desorden.

Enrique, no sólo no había muerto, sino que tuvo aún serenidad para tentar un nuevo ataque.

Era aquella lucha de bárbaros. No había bastante con herir ó matar; era menester cebarse contra los heridos, descuartizar á los muertos, prender fuego á los sitios por donde se pasaba.

(1) *Annal. Trev.*, an. 1078.

El triunfo fué de Rodolfo; pero un triunfo desastroso que por las grandes pérdidas con que se compró podía ser funesto como una derrota.

Enrique, al reunir á los suyos, recordándoles los montones de cadáveres que quedaban en el campo de Rodolfo, decía á los grandes del reino:

—La guerra está acabada. La Sajonia ha agotado sus hombres; si no van á poblarla nuevos habitantes, muy pronto aquel país será morada de fieras. En el combate han caído casi todos los nobles. El pueblo, descontento de sus jefes, espera que vayamos allí, para pedirnos, no la libertad ni la honra, sino tan sólo la vida.

Había en estas frases mucha exageracion; sin embargo era indudable que las pérdidas del ejército de Rodolfo habían sido espantosas.

Enrique se interna en la Baviera, mal custodiada por los partidarios de Rodolfo.

Los dominios de Welf y de Bertoldo son asolados con la rapiña, el incendio y el asesinato (1). Más de cien iglesias son saqueadas ó quemadas, maltratados los obispos, los abades, los clérigos de todas las jerarquías, deshonradas las mujeres.

Gregorio escribía á Udo de Tréveris:

—A medida que van complicándose los asuntos, las ansiedades y los cuidados agobian más mi alma.

Gregorio pide á aquel arzobispo que se informe del estado de las cosas y le diga lo que hay que hacer para poner fin á tantos desastres.

Ve por otra parte á los enriqueistas apoderarse en Italia de Salerno, y poner cerco á Benevento, posesion de la Santa Sede. El cardenal Gerardo, obispo de Ostia, uno de los defensores más celosos de la causa pontificia ha bajado al sepulcro; la emperatriz Ines acaba de ser sepultada en Santa Petronila.

Gregorio desahoga la afliccion de su pecho con su amigo el abad de Cluny, á quien hace confidente de sus sentimientos y de sus pesares:

«Fatigado por los múltiples asuntos de diversas naciones, le dice, escribo poco á quien quiero tanto. Me siento agobiado por tanta angustia que, aunque la voz celestial nos recuerda que cada uno recibirá el premio segun sus obras, hay momentos en que la vida se convierte para mí en una carga bastante pesada... Cuando el buen JESUS, este piadoso consolador... me tiende la mano, desaparece mi afliccion y renace en mí la alegría; pero cuando me abandona á mí mismo, entónces vuelvo á hundirme en la turbacion, me siento desfallecer.»

No por esto cae Gregorio en la melancolia que produce la inercia. Muy léjos de ello, cada contrariedad es para él nuevo estímulo que pone en juego la prodigiosa actividad de aquel espíritu de tan buen temple. Convoca un nuevo Concilio en que da á conocer una vez más cuán ardientemente desea, no sólo la reforma de la Iglesia, que venía siendo su ideal, sino también la paz del imperio. Sabe que sin ésta tampoco es posible aquélla, pues inútilmente tratará de introducir reformas saludables miéntras existan partidos poderosos que apoyen á los que se opongan á ellas.

Convencido de que la discordia es en Alemania donde debe componerse vuelve á proponer una dieta general; pero con el mismo resultado que las otras veces.

Reitera la excomunion contra Guibert, y escribe á los fieles de Rávena, de donde éste era arzobispo.

«El que hoy se llama vuestro obispo, con su ejemplo y sus exacciones ha corrompido y devastado esa Iglesia, en otro tiempo tan pura y tan rica... Os prohibimos con toda nuestra autoridad apostólica que le obedezcáis como prelado.»

Los del bando de Rodolfo hubieran querido que el Papa, en vez de dejar que la cuestion se resolviese en Alemania, hubiese declarado solemnemente que no había más rey que Rodolfo. Los sajones en particular murmuraban contra el Sumo Pontífice.

Gregorio contesta escribiendo á Welf:

(1) *Præda, ferro, et igni omnia circumquaque devastavit.*

«Si vosotros juzgarais conforme á los deberes de la Santa Sede y no conforme á vuestros deseos, no murmuraríais contra nosotros, sino que reconoceríais que, gracias á Dios, seguimos la senda de nuestros antecesores (1).»

Los partidarios de Rodolfo no acertaban á saber apreciar la posición de un pontífice, que debe manifestarse superior á las miras siempre mezquinas de los partidos.

El Papa congrega un nuevo Concilio en Roma el 11 de febrero de 1079.

Allí están como enviados de Rodolfo, Herman de Metz, Altman de Passau.

Levántase el más elocuente de los rodolfistas, y empieza á describir con vivos colores las miserias de la Alemania, de aquel reino que ya ni siquiera el nombre de reino merece (2), la desolación de las más ricas provincias, la ruina de los templos en Suabia, los insultos á los clérigos, las prisiones de los prelados en lugar de los cuales se colocaba á hombres oscuros é indignos, quienes traficaban con cuanto hoy de más sagrado en la tierra, denunciando con gran fuerza al rey criminal y excomulgado.

Los defensores de Enrique se expresan con no ménos acritud.

Gran número de obispos que asisten al Concilio son de parecer que no es conveniente tolerar por más tiempo semejantes desórdenes si no se quiere que la longanimidad degenerase en negligencia, y que es menester que el Pontífice desenvaine nuevamente la espada apostólica contra el tirano.

Todavía Gregorio no estima oportuno pronunciar su fallo y vuelve á insistir en su parecer de que se reúna una dieta en Alemania, y se reserva examinar más detenidamente el asunto en el Concilio que se reunirá en las fiestas de Pentecostes.

Los rodolfistas, y en particular los sajones, no ocultan su descontento por las consideraciones que el Papa muestra aún en favor de Enrique, á quien sigue llamando rey. Pretenden ellos que Rodolfo y Enrique no pueden ser equiparados, y que erigir un tribunal para que los juzgue á los dos es manifestar que hay dudas de si la justicia pudiera aún estar de parte de Enrique.

Escriben al Papa una carta concebida en estos términos:

«Con alguna frecuencia hemos depuesto á los piés de Vuestra Santidad nuestras quejas respecto á las desgracias de nuestro país. Sin duda, debemos atribuirlo más bien á falta nuestra que á Vuestra Beatitud el no haber recibido aún ni justicia ni consuelo... Sabéis que no es ni por nuestro modo de ver ni por nuestro interés, sino por las injurias hechas á la Santa Sede el que nosotros hayamos depuesto á nuestro rey... Lo que hemos sacado de tantos sacrificios es que aquel que se ha visto obligado á echarse á vuestros piés, ha salido absuelto, pero no corregido, quedándose con la libertad de perjudicarnos y lanzarnos en un abismo de males. Después de estar un año sin rey y cuando nuestros príncipes habían elegido otro, vemos con sorpresa que vos reconocéis á los dos y que á los dos dirigís vuestros legados... Nos permitimos observar á Vuestra Santidad que nos parece esto una manera extraña de resolver la cuestión... Sabemos, Santísimo Padre, que vos no procedéis sino con intenciones laudables y con miras elevadas; pero como nosotros somos bastante groseros para penetrarlas, nos contentamos con exponer las cosas tales como las vemos y entendemos... No es la arrogancia, es el exceso del dolor lo que nos hace hablar así. Por haber obedecido la voz del pastor nos vemos expuestos á ser devorados por el lobo; si no podemos contar con el pastor siquiera, somos los más desgraciados de los hombres.»

Gregorio no contestó á esta carta. Más adelante los sajones le mandaron otra escrita en estilo ménos inconveniente.

A ésta siguió una tercera.

«¿Por qué, dicen en ella los sajones, la corte apostólica no manifiesta con respecto al monarca culpable aquella severidad con que es sabido castiga toda especie de desobediencias?...

(1) *Greg. Epist.*, VI, 14.

(2) *Regnum adeo demolitus est dissipando ut jan regnum dicinon valeat.* Berthold., p. 374.

Tratándose de lobos que destrozan el rebaño del Señor ¿á qué mostrar tanta paciencia y tanta longanimidad?»

El Papa contestó con la dignidad y la prudencia tan propia de su carácter y de su posición.

Los atentados de Enrique prosiguieron en mayor escala que nunca.

Las invitaciones del Papa á comparecer á una dieta, no sólo las desatendía, sino que las recibía con desden y hasta con burla. Había sonado la hora de obrar.

Reúnese el Concilio que anunció Gregorio VII.

La asamblea, á la que asistían cincuenta arzobispos y obispos y gran número de abades, presentaba esta vez un aspecto de solemnidad que indicaba que iban á tomarse graves resoluciones.

Habla uno de los legados de Rodolfo y dice:

«Enviados por Rodolfo, el rey nuestro señor, y por los señores de nuestro imperio, elevamos nuestras quejas á Dios, á san Pedro, á Vuestra Santidad y á todo el Concilio por haber Enrique invadido tiránicamente el reino, asolándolo con la espada, el fuego y toda clase de devastaciones. Su cruel impiedad le ha incitado á arrancar de sus sillas á los obispos, ha causado la muerte del venerable Werner, arzobispo de Magdeburgo; el obispo de Worms, Adalberto, gime en la cárcel, á pesar de las órdenes de la Santa Sede. Muchos millares de hombres han sido muertos, incendiadas gran número de iglesias, las reliquias profanadas ó robadas. La dieta que indicasteis para restablecer la justicia y la paz, á causa de su oposicion y la de sus adherentes no ha podido convocarse. Os suplicamos que hagáis justicia á nosotros y á la Iglesia de Dios contra un príncipe usurpador y sacrílego (1).»

El Papa se levanta con majestad y dice:

«San Pedro, príncipe de los Apóstoles, y vos san Pablo, doctor de las gentes, dignaos, os suplico, acoger favorablemente mi súplica. Por la fe que despues de Dios y la santísima Virgen María tengo en vosotros, resisto á los malvados y pecadores, y sostengo á vuestros fieles siervos. Los reyes de la tierra, los príncipes del siglo se han conjurado contra el Señor y contra vosotros; han dicho: Rompamos su yugo y sacudámoslo léjos de nosotros. Á su frente, Enrique, á quien llaman rey, se ha levantado contra vuestra Iglesia, y maquina precipitar el trono pontifical. Se opone á toda propuesta de paz, y rechaza la dieta que había de terminar guerras tan prolongadas. Ha causado la muerte de una infinidad de cristianos, entregado las iglesias al saqueo y profanacion de sus soldados, y sembrado en fin la desolacion en todo el reino teutónico. Por tanto, confiado en la misericordia de Dios y de su santísima Madre la Virgen María, y usando de vuestra autoridad, excomulgo á Enrique y á todos sus fautores; y declarando de nuevo haberse hecho indigno de los reinos de Alemania é Italia y haber perdido todo derecho al trono, le quito la potencia y dignidad real. Yo prohibo á todo cristiano que le obedezca como rey, y absuelvo del juramento de fidelidad á cuantos se lo hubieran prestado. Que Rodolfo, elegido por soberano por los alemanes, gobierne y defienda el reino que le ha sido cometido. Yo otorgo á cuantos le sirvieren la absolucion de sus faltas y la bendicion apostólica. Así como Enrique es justamente despojado de la dignidad real en castigo de su orgullo, de su desobediencia y mala fe, así por el contrario, la potencia y autoridad real son conferidas á Rodolfo, en premio de su humildad, rectitud y sumision.»

Dicen que el Papa envió á Rodolfo una corona con esta inscripcion:

Petra dedit Petro, Petrus diadema Rodolfo.

No faltan autores muy graves que ponen en duda el hecho de la entrega de la corona.

La noticia de la excomunion enfureció á Enrique. Vaciló primero acerca la conducta que debería seguir; pero optó por aceptar resueltamente la lucha.

Con la material anda envuelta esta vez una lucha de doctrinas.

Aparecen de nuevo en la liza, de una parte Bonizo, que sostiene con ardor los derechos

(1) Paul Bern., c. CVI.

y prerogativas del Pontífice, y de otra parte Breno, que combate á Gregorio y sostiene las pretensiones del poder imperial.

Hasta en la cuestion política deslíndase perfectamente el carácter de los dos campos; pues mientras los adictos al Pontífice defienden la libertad de los pueblos y su intervencion en el gobierno, los enriquistas proclaman el derecho absoluto de los reyes.

Entre los primeros ocupa un lugar distinguido Mengold, tan entusiasta por Gregorio como adversario de Enrique. ¿Puede venir un caso en que un monarca como Enrique se declare decaído de su dignidad de rey?

Hé aquí como resuelve la cuestion:

«El dictado de rey no designa en un hombre una naturaleza peculiar, sino el título de un oficio. El pueblo no eleva sobre él á un hombre para que le tiranice, sino para que le ampare contra la tiranía. Y puesto que Enrique ha empezado á tiranizarnos ¿no es cosa clara que debe proclamarse con razon decaído de la dignidad que se le confirió, constandingo que él fué el primero en romper el pacto en fuerza del cual fué constituido (1)?»

Bruno, enérgico sustentador de la causa pontificia, va todavía más léjos.

«Si un hijo de rey no fuese digno del poder, ó si el pueblo no le quiere, el pueblo tendría potestad de elegir por rey al que quisiese (2).»

Los enriquistas tienen tambien su escuela especial, en la que escritores como Wenrich sostienen que un papa no puede excomulgar á un rey, Waltram sustenta el derecho hereditario de Enrique (*jus hereditarium*) al trono de sus padres y de sus abuelos (*regnum paternum et avitum*), mientras que el doctor Pedro Craso invoca el *Código* y las *Instituciones* de Justiniano para defender que la soberanía temporal y la potestad láica están al abrigo de toda intervencion de los pontífices; y á las teorías de Mengold y de Bruno, á las que califican de *jus cæli*, *jus ecclesiasticum*, oponen otras á las que llaman *jus fori*, *jus sæculare*.

Los teólogos de Enrique llegan á constituir un partido abiertamente cismático, pretendiendo que sólo puede considerarse como legítimo el papa constituido por el emperador ó por el rey de Germania, el cual ejerce una autoridad superior á la de los pontífices y goza del derecho de investidura sobre los obispos, derecho que nadie, segun ellos, puede arrebatarle.

Ya no es la sorpresa lo que produce á los enriquistas esta segunda excomunion; es una abierta rebeldía.

Acusan á Gregorio del crimen de lesa majestad; le tachan de audaz, de rebelde.

En Bamberg, en una solemnidad religiosa á la que asistía Enrique, se injuria públicamente al Papa.

Engelberto, que despues de dos años de ser elegido obispo de Tréveris no había recibido aún la consagracion, exclama:

«Condenar á un sucesor legítimo del Apóstol sería un crimen; pero respecto á este Antecristo, á este Hildebrando, es un santo deber.»

Herman de Espira se atreve á escribir á Gregorio una carta llena de insultos.

En medio de aquel apasionamiento, de aquella efervescencia, Enrique convoca una asamblea del clero y de la nobleza en Maguncia.

Acumuláronse contra Gregorio las acusaciones más absurdas; se le prodigaron los epítetos más odiosos; se le llamó impostor, hereje, y se excitó el enojo de Enrique diciendo:

«Un rey, un hijo de un emperador que no sin motivo lleva la espada, que es el protector, el patricio y el defensor de Roma, no debe tolerar que la Iglesia se vea destrozada de esta manera, que el más perverso de los hombres profane, como lo está haciendo, la suprema ma-

(1) *Rex non est nomen naturæ sed vocabulum officii; neque enim populus ideo cum super se exaltat ut liberam in se exercenda tyrannidis concedat, sed ut à tyrannide defendat. Atque cum ille tyrannidem capit exercere non ne clarum est, merito illum à concessa dignitate cadere, quum pactum, pro quo constitutus est constat illum prius irrupisse, etc.* Mengold, citado por Floto en su *Hist. de Enrique IV*, II, p. 289.

(2) *Si non esset dignus regis filius vel si nollet cum populus, quem regem facere vellet haberet potestatem populus.* Bruno., c. IX.

jestad del nombre real. El anatema sobre quien debe caer es sobre aquel que lo ha lanzado.»

Todos estuvieron de acuerdo.

Pero opinaron que era del caso concertarse con los italianos hostiles á Gregorio. Á este fin se convoca una nueva asamblea en el pequeño obispado de Brixen, sobre una de las eminencias de los Alpes, en las fronteras de Alemania y de Italia, «á fin de remediar, decía la convocatoria, el rebajamiento del poder real y el desórden de la Iglesia, quitando la piedra de escándalo que lo produce.»

En Brixen se encontraron el cardenal Hugo el Blanco, el hombre que manifestaba su aversion al Pontífice en insolentes libelos, Guibert, el que aspiraba al trono pontificio, el patriarca Enrique de Aquilea, Thedald, arzobispo de Milan; en una palabra, los más furibundos adversarios del Papa.

Procedióse á declarar depuesto á Gregorio, consignándose en el acta las siguientes frases:

«Es preciso arrojar de la comunión de los fieles al sacerdote que ha sido bastante temerario para privar á la augusta majestad real de toda participacion en el gobierno de la Iglesia, hiriéndola de anatema... Ha sostenido á un rey perjuro y fomentado en todas partes la discordia y los celos...»

«Reunidos en número de veintinueve obispos hemos resuelto deponer, arrojar, y si insiste en desobedecer á nuestra intimacion, entregar á la eterna condenación á Hildebrando, á ese hombre perverso que predica el saqueo de las iglesias y el asesinato, que sostiene el perjurio y la mortandad, que pone en duda la fe católica; á Hilderando, fautor del hereje Berenguer; á Hildebrando, monje perjuro, poseído del espíritu infernal, vil apóstata de la fe de nuestros antepasados.»

No se limitó á esto aquel conciliábulo que calumniaba tan torpemente á Gregorio. Se hizo más; á consecuencia de aquellas luchas, ya en muchos dominios había dos señores á la vez, en muchos monasterios había dos abades, y en muchas diócesis dos obispos; el conciliábulo de Brixen trató de consumir aquel desórden haciendo que en la cristiandad hubiese dos papas.

Enrique manifestó que, puesto que se acababa de deponer á Gregorio, era preciso que los prelados alemanes é italianos que estaban presentes eligieran un nuevo pontífice. Nadie más á propósito que el que ya había sostenido el cisma defendiendo á Cadalous contra Alejandro II; nadie mejor indicado que el tristemente famoso Guibert, varias veces excomulgado por la Sede Apostólica, aquel hombre de tanta ambicion que, constituyéndose en rival de los papas legítimos, venía siendo el fautor de todas las rebeliones contra la Iglesia.

Guibert, á quien se dió el nombre de Clemente III, presentóse en la asamblea adornado de los ornamentos pontificios, que tuvo mucha prisa en vestir, prometió bajo juramento coronar emperador á Enrique, marchando inmediatamente á Italia, seguido de numeroso cortejo compuesto de sus partidarios.

Enrique escribió á los príncipes y señores de diferentes países el nombramiento del anti-papa. La noticia fue recibida con frialdad, hasta con disgusto, por los mismos adversarios de Gregorio.

Clemente, conforme afirma su contemporáneo Mengold, no tuvo de su parte sino aquellos obispos ó clérigos entregados á una vida libertina, que se ocupaban solo en cazar ó en dar banquetes, que habían comprado sus sillas episcopales, siendo condenados por la Iglesia por su incontinencia.

Dispuestos á defender á todo trance la causa de Gregorio estaban el abad de Cluny, el famoso Anselmo, obispo de Luca; Desiderio, el virtuoso abad de Monte Casino, el arzobispo de Cantorbery, el sabio Lanfranc; es decir, lo que más brillaba por el saber y por la santidad.

No había terminado todavía el conciliábulo de Brixen, y ya do quier que se hallasen los adictos de Enrique con los de Rodolfo se entablaban luchas sangrientas.

Los dos reyes concentran todos sus elementos para un combate que sea decisivo.

Los dos ejércitos, ávidos de venir á las manos, se avistan cerca del Elster. Les separa el

pantano de Crona. Allí tiene lugar un choque terrible; uno y otro ejército se empeña en ganar la orilla opuesta, venciendo todos los obstáculos, y mientras unos prorumpen en insultos á sus contrarios, los sajones, siguiendo la indicacion de sus obispos, entonan el salmo 82.

Enrique embiste por la parte de Mælsen y comienza una matanza horrorosa.

Rodolfo es herido, lo que hace que los sajones empiecen á ceder. Los de Enrique creen que ya la victoria es suya, y los obispos enriquistas comienzan á entonar el *Te Deum*, cuando de repente se oye el grito de: ¡Sálvese el que pueda!

Acababa de llegarles á los sajones un gran refuerzo capitaneado por el valiente Othon de Nordheim.

Los sajones persiguen á las tropas de Enrique en su fuga. Vuelven con un rico botin arrebatado á los vencidos en que hay lujosas vajillas de oro y de plata, gran cantidad de moneda, preciosos caballos. Resonaban en el campo de Rodolfo los himnos de triunfo. Pero fueron sorprendidos por una noticia que aterró á los vencedores. Rodolfo estaba mortalmente herido. Al atravesar un arroyo, Godofredo de Bouillon, que andaba en su busca, despues de un golpe terrible en la mano, le hundió en el bajo vientre la lanza del estandarte imperial.

Rodean al moribundo multitud de prelados.

Cuéntase que al enseñarle su mano ensangrentada, dijo:

—Es la misma mano que levanté para jurar fidelidad al rey Enrique.

Despues de administrarle la Uncion, Rodolfo pregunta:

—¿Á quién pertenece la victoria?

—Á vos, señor, á vos, le contestan.

Rodolfo, tendiéndose tranquilo en su lecho, exclama:

—Entónces acepto con júbilo la suerte que Dios me destina. Ya no me aflige la muerte, pues la recibo en medio de un triunfo (15 octubre de 1080).

Hiciéronse como sufragio del heroico rey, por parte de los nobles, ricos presentes á las iglesias y á los monasterios y abundantes limosnas á los necesitados.

Rodolfo era querido de todos por su bondad natural, por su afable carácter y por su bravura. Los católicos le consideraron como el defensor de la Iglesia; los sajones le llamaban *padre de la patria* (*pater patrie*).

Enrique, conociendo el valor, el heroismo de los sajones, no ocultándosele la aversion que le profesaban, les mandó mensajeros invitándoles á que, puesto que habían de tener rey, eligieran á su hijo.

Othon de Nordheim, el primer hombre de la Sajonia, contestó:

—He visto con frecuencia que de un mal toro sale un mal becerro. No quiero ni al padre ni al hijo.

LX.

Enrique IV se apodera de Roma.

No bien el cadáver de Rodolfo acababa de ser depositado en la iglesia de Merseburgo, cuando por espacio de cuatro meses seguidos estallaron espantosas borrascas. Ora lluvias torrenciales que convertían en inmensos lagos dilatadas regiones; ora vientos huracanados que tronchaban los árboles más robustos, ora terremotos que destruían importantes poblaciones; parecía que la naturaleza experimentaba un trastorno general. Ya se adivinará á qué augurios se prestaban aquellos acontecimientos.

Enrique no pensaba en volver á invadir la Sajonia. Todavía andaban errando por los bos-

ques, víctimas de la miseria, muchos de sus soldados que habían podido escapar con vida después de la batalla de Elster, perseguidos por los paisanos de la Sajonia y la Turingia. Los pueblos sometidos á Enrique decían que fuera preferible para ellos que la tierra los tragase que volver á marchar contra los sajones.

No se le ocultaba á Enrique que la muerte de Rodolfo era para sus adversarios un desastre del que con dificultad acertarían á reponerse; desentendiéndose, pues, de Alemania, se fijó principalmente en Roma.

La situación de la Italia era deplorable. En Luca mismo, donde los adictos á Gregorio podían contar con apoyos tan fuertes como la heroica Matilde y el sabio y virtuoso Anselmo, se hacía fuerte oposición á aceptar los decretos del Papa. El propio Anselmo tuvo que sufrir allí rudísima persecución á causa de la entereza de su carácter y de su decisión en favor de la causa pontificia; y más de una vez se necesitó todo el valor y habilidad de Matilde para desbaratar conjuraciones con las que se trataba de sumir aquel país en los horrores de la anarquía.

La nueva de la muerte de Rodolfo alentó á los enriqueistas de Italia; el papa Gregorio era injuriado en público; el anatema contra el Rey se hacía objeto de mofa; muchos pueblos explotados por los agentes de Guibert y de Hugo el Blanco aguardaban la venida del Rey para lanzarse á la lucha.

Muy pronto la Lombardía se levantó en armas, siendo objeto privilegiado de sus hostilidades los dominios de Matilde.

Ya los enriqueistas, mandados por el hijo del Rey, habían ahuyentado á las tropas de Matilde que cerraban el paso al ejército alemán.

Gregorio no se impresiona por esto. Su calma proverbial, en medio de las más rudas borrascas, no se turba ni por un instante. Convencido de la justicia de su causa, espera tranquilo la marcha de los acontecimientos.

Léjos de sentirse amilanado, es él quien alienta á cuantos le rodean; les hace entrever para lo porvenir días mejores, y les consuela de los conflictos de la época, recordando los de las épocas anteriores.

«Que la esperanza de cada uno de nosotros, decía, sea fuerte, inquebrantable; la mano omnipotente del que ensalza á los humildes tiene poder de sobras para abatir el orgullo de los soberbios (1).»

En medio de tantos desastres Gregorio era el primero en recomendar que se acatasen los designios de la Providencia divina.

«Si la Iglesia, decía, sufre hoy el embate de rudas tempestades, si viene experimentando el furor de una persecución tiránica, debemos persuadirnos de que esto no sucede sino por nuestros pecados. Es á todas luces indudable que son justos todos los juicios de Dios (2).»

Hízose presente á Gregorio por parte de confidentes suyos que su situación era algo crítica y que quizás fuese útil pensar en transacciones. Gregorio era de estas almas de buen temple que no se aterran ante los mayores peligros.

—Toda la arrogancia del Rey, contestó, no me hace mella. Aún en el supuesto de que lleguen á faltarme todos los recursos, espero tranquilo su llegada.

Enrique, acompañado de numeroso ejército, penetra en Italia. Do quiera que halle resistencia él la castiga sembrando la desolación.

Gregorio celebra su Concilio ordinario, renovando la excomunión contra Enrique y sus adherentes.

La serenidad del Pontífice se ve en la carta que escribió al obispo de Metz, en la que le decía:

(1) *Epist.*, VIII, 9.

(2) *Quod dudum sancta Ecclesiæ fluctuum præcellarumque mole concutitur, quodque tyranicæ persecutionis hac tenus rabiem patitur, non nisi peccatis nostris exigentibus evenire credendum est. Nam judicia quidem Dei verissime omnia justa sunt.*

«La gracia y la clemencia divina no permitirán que sus elegidos se pierdan, ni que sean abatidos y aplastados por completo. Después de probarles con la persecución, les vuelve más fuertes por medio de la desgracia; porque de la misma manera que la fuga de un cobarde aumenta el terror de los cobardes como él, la resistencia de un alma fuerte inflama el ardor de los valerosos. Aquel que en la lucha por la fe de Cristo se preste á ocupar la primera fila entre los combatientes merecerá también el ser más digno á los ojos de Dios, árbitro de la victoria (1).»

Llegado Enrique á Italia se hace coronar solemnemente en Milan, donde recibe el juramento de fidelidad de los jefes lombardos, y presta él á su vez otro prometiendo en adelante no practicar la simonía.

Toma luego á su papa Clemente, y el 20 de mayo de 1081, vigilia de Pentecostes, llega junto á los muros de Roma.

En Roma estaba el nudo de la cuestión. Si Gregorio consentía en coronarle emperador, Enrique se hubiera desentendido de Guibert, y ya tenía alcanzado su triunfo.

Creía Enrique sorprender á Roma con su rápida marcha, y hasta llegó á figurarse que se le hiciese allí un recibimiento imperial.

Conforme escribe un contemporáneo, «en vez de una procesion de sacerdotes encontró á las puertas de Roma batallones de soldados, se le recibió con lanzas en vez de recibirle con iluminaciones, y en lugar de vítores no escuchó más que el eco de anatemas.»

El pueblo romano se hallaba todo en las murallas dispuesto á resistir ó á morir por su amado Pontífice.

Enrique dirige á los romanos una alocucion protestando contra la acusacion que se le dirige de querer atentar contra su república, diciendo que lo que se propone es restablecer la paz y la concordia entre el sacerdocio y el imperio.

Roma se manifiesta contraria al Rey; sólo unos varones de Túsculum se presentaron en el campamento á jurarle adhesion y fidelidad.

Enrique, á la vista de los romanos, salió de una tienda levantada en forma de capilla con la corona en la frente en medio de los cantos del *Veni Creator*, y se fué á otra tienda á oír la misa, nombró un senado, un prefecto de centuriones y se volvió á la Toscana.

Las tropas quedaron acampadas en las praderas de Neron, frente á la fortaleza de San Pedro.

Los romanos hacían continuas salidas que costaban á los alemanes numerosas pérdidas.

Los de Enrique probaron varias veces tomar la ciudad por asalto; pero estaba perfectamente defendida por lo romanos, que respondían con grandes carcajadas á los inútiles esfuerzos de los enriquistas.

Entre tanto el partido de Enrique arrojaba á Anselmo de su sede episcopal, colocando en su lugar un diácono que se llamaba Pedro, celoso partidario del Rey. Matilde vióse despojada de sus derechos.

Gregorio, sin que tantas perturbaciones le hicieran perder de vista su ideal, escribió al obispo de Metz:

«De nada sirve el querer sustraerse al poder concedido á san Pedro para procurarse una desdichada libertad; porque el que más quiere sustraerse más se prepara una condenacion terrible para el día del juicio... Si san Gregorio, aquel doctor lleno de dulzura, decretó que se debía, no sólo deponer, sino anatematizar á los reyes que violasen los privilegios otorgados á un hospicio, ¿quién se atreverá á censurarnos por haber pronunciado el mismo castigo contra Enrique, el despreciador de las sentencias de la Santa Sede, el opresor de su Madre la Iglesia, el espoliador impío de las iglesias del reino?... Los buenos cristianos, de cualquier clase que sean, merecen mejor el nombre de príncipes que los malos reyes... Ved lo que vienen siendo los reyes; encontraréis pocos que se distinguan por su piedad ó sus virtudes. ¿Alguno de ellos

(1) *Epist.*, VIII, 21.

ha sido ilustre por el don de milagros como lo fueron un san Martín, un san Antonio, un san Benito?... ¿En cambio la Sede de Roma no cuenta por ventura, desde san Pedro, más de cien obispos en el número de los santos?»

Tal era el lenguaje de Gregorio, y esto cuando Enrique estaba en las puertas de Roma; cuando, no sólo la Italia, sino una gran parte de Europa, se declaraba contra él.

Todo se resentía de aquel triste estado de cosas. La anarquía material, como sucede casi siempre, tuvo que producir la anarquía moral; con el choque de las armas mezclábase el choque de las pasiones más aviesas.

Nada tiene de particular que personajes de mucho valer buscasen en la soledad de los clautros como un puerto que les salvara de las sacudidas de aquel mar tempestuoso.

Bertoldo, sacerdote de Constanza, tan ilustre por su saber como por sus prendas y su prestigio personal, dejaba el esplendor de una posición brillante para ir á llamar á las puertas del monasterio de San Blas, donde el antiguo hombre de Estado se convertía en oscuro anacoreta, descansando de su meditación con la redacción de la crónica que nos narra minuciosamente los sucesos de su tiempo.

Herman, conde de Zährigen, hijo de Bertoldo I, una de las primeras celebridades de su época por su cuna, por su rico matrimonio y por sus cualidades, huye del mundo, y se cubre con el traje de peregrino para ir á pedir que se le acepte en el monasterio de Cluny. Aquel personaje, lleno de títulos, se dedicó allí á guardar ganados, sin que nadie supiese más de él.

Nunca los desengaños de las miserias humanas habían acudido en tan gran número á refugiarse en la soledad.

Hubo necesidad de ensanchar las casas religiosas. La de Hirsau contaba más de ciento cincuenta individuos.

Hombres que habían vivido en el libertinaje apresurábanse á fundar ó á dotar nuevas iglesias; padres que habían perdido á sus hijos en las batallas consagraban sus propiedades al servicio de Dios, mientras otros levantaban de sus ruinas los templos caídos, como reparación pública de los sacrilegos atentados que se cometían durante la guerra.

Más de un año venía transcurrido desde que Enrique puso cerco á Roma, y la ciudad, defendida por los adictos á Gregorio, continuaba sosteniéndose.

Enrique concibe un plan satánico con el que manifestó una vez más cuán dispuesto estaba á obtener su fin sin atender á los medios.

Valióse de gente suya para pegar fuego al Vaticano. Mientras el incendio se comunicaba á las casas vecinas, Enrique cree poder apoderarse de aquellos momentos de confusión para forzar las puertas de la capital. No logró su objeto. El Papa en persona dirige las operaciones para apagar el incendio, mientras que los romanos corren á las murallas á defender la ciudad.

Enrique, furioso, va á saciar su ira echándose sobre las tropas de la princesa Matilde, y deja encargado á su papa Guibert que vigile los alrededores de Roma, para que no puedan proveerse de víveres y tengan que rendirse por hambre.

Al lado de Matilde continuaba estando el virtuoso Anselmo. Se trabajó para alejarle de la princesa y ganarle al partido de Guibert. Anselmo rechazó indignado semejantes proposiciones.

«No, no, contestaba; yo seguiré consagrando mis días y mis noches á conservar esta mujer para mi Dios y para la santa Iglesia, mi Madre, que la ha puesto bajo mi protección; yo espero ganarme de esta suerte un gran salario delante de Dios, por haber amparado una mujer que no disipa sus riquezas, pronta siempre á dar, no sólo todos sus bienes terrenos en defensa de la justicia, sino hasta su propia sangre para vuestra confusión y gloria de la Iglesia.»

Mientras esto decía Anselmo, Matilde, que había agotado los recursos de sus Estados en la guerra contra Enrique, mandaba á Gregorio setecientas libras de plata y nueve de oro, productos de los vasos de su propia capilla.

Guibert deja su báculo para convertirse en jefe de una partida ocupada en causar á los romanos todos los perjuicios imaginables, destruyéndoles las cosechas, apoderándose de sus propiedades.

Enrique se entretiene en encarcelar á todos los obispos que se resistían á secundar sus planes, tales como Bonizon de Sutri, varon eminente por su saber y su piedad; Othon, obispo de Ostia, que subió más tarde á la sede pontificia con el nombre de Urbano II, y otros.

La crisis iba dilatándose de tal modo que el primitivo ardor de los romanos empezaba á debilitarse.

Al sínodo del año 1083 no pudieron asistir sino muy pocos presbíteros. Estaban cortadas las comunicaciones con la ciudad eterna.

Gregorio se veía imposibilitado de dirigir sus cartas á la cristiandad, y las pocas que podían salir de Roma tenían que ir sin el acostumbrado sello de plomo, á fin de evitar que los enriquistas las interceptasen.

No obstante, pudo mandar una Letra á todos los fieles de la cristiandad en que se leía:

«Sabed, hermanos é hijos míos, que deseamos vivamente y prescribimos con toda la autoridad apostólica el que se reúna un Concilio universal en un punto al que puedan constituirse con toda seguridad así nuestros amigos como nuestros enemigos. Queremos que se haga la luz en medio de tantas tinieblas y se vea quién es el autor de los funestos males que desde tanto tiempo afligen á la religion cristiana; queremos proclamar de parte de quién está la impiedad y el orgullo que se oponen á la paz y á la concordia entre el imperio y el sacerdocio, y restablecer, en fin, con el auxilio de Dios, en este Concilio, una paz tal como la piedad lo desea y lo demanda. Estamos dispuestos á suscribir á todo lo que sea justo, segun los derechos de san Pedro y los decretos de los Padres, á refutar lo que se ha reprochado á la Sede Apostólica, á desvanecer las murmuraciones secretas de algunos de nuestros hermanos, á evidenciar nuestra inocencia, siempre que se restituya á la Iglesia romana aquello de que ha sido desposeída. Debemos desde luégo preveniros—Dios es testigo de ello—que no fué por orden nuestra, ni siquiera por nuestro consejo, el que Rodolfo, elegido rey por los alemanes, tomara el gobierno del imperio... Si el rey Enrique hubiese guardado respeto á nosotros, es decir, respeto á san Pedro, la obediencia que prometió, lo digo con sinceridad, sus desgracias, sus homicidios, sus perjuros, sus sacrilegios, sus traiciones, su herética y funesta simonía, nada de esto habría sucedido. Esforzáos, pues, en contribuir á que se reúna un sínodo tal como nosotros lo indicamos, todos aquellos que os sentís impresionados por tantas calamidades, y que movidos por el temor de Dios, queréis la paz y la concordia, á fin de que la cabeza y todo el cuerpo de la Iglesia santa, combatida hoy por los ataques de la impiedad, encuentren un descanso y se vean fortalecidos con la union de todos los creyentes. Sólo una cosa deseamos, y es que los impíos se reconozcan y vuelvan á su Criador; sólo queremos que la Iglesia, oprimida y perturbada en toda la extension del globo, vuelva á aparecer con su esplendor y su solidez; no nos anima otro fin sino que Dios sea glorificado en todos, y que nosotros, y con nosotros todos nuestros hermanos, incluso los que nos persiguen, merezcamos todos llegar á la vida eterna.»

En la primavera de 1083 Enrique con gran número de los suyos se constituyó otra vez en el campamento para estrechar á Roma, cerrándola completamente con un sitio en regla.

Algunos ricos huyen de la ciudad; más no la abandonaron ni los religiosos, ni el pueblo, dispuesto todavía á defender á su Pontífice.

Los sitiados hacen una salida en la que por sorpresa llegan hasta la tienda del Rey. Esto excitó el ardor de los alemanes. Toman precipitadamente las armas, arremeten contra los que habían traspasado los muros de la ciudad, hacen en ellos espantosa carnicería y logran apoderarse de las puertas de la ciudad leonina. Penetran furiosos en esta parte de la poblacion; los romanos se fortifican en los pórticos de San Pedro, de donde se les desaloja muriendo muchos sepultados en los escombros que allí amontonan las máquinas de guerra.

Los enriquistas creen que Gregorio va á caer en su poder; pero el Papa se había refugiado tras las fuertes murallas del castillo de San Angelo.

En la tarde del 3 de junio de 1083, Enrique tomaba posesion de lo que se llamaba Borgo, la ciudad leonina, sobre la orilla derecha del Tíber.

Roma no estaba todavía en poder de Enrique, pues aún le quedaba á Gregorio el fuerte de San Angelo, la ciudad situada á la izquierda del Tíber y hasta puntos importantes en la orilla derecha, desde los que podía comunicarse fácilmente con el resto de la poblacion.

Mucho era ya para Enrique poder fechar sus decretos en el Vaticano.

El 6 de junio entronizó al antipapa Clemente en San Pedro, donde se celebró una parodia de Concilio, en la que éste recomendó á los clérigos que viviesen en la castidad, conforme ordenaban los cánones, y levantó los anatemas lanzados contra Enrique.

El Rey se ganaba partidarios en Roma mismo, ya corrompiendo con dinero á unos, ya haciendo á otros tentadoras promesas, ya tambien porque muchos anhelaban que se pudiese fin á aquella situacion angustiosa.

Una comision de romanos se dirigió á Gregorio exponiéndole los males y los peligros de aquel estado de cosas y rogándole que aceptase una transaccion.

Gregorio respondió:

—He tenido ocasion de sobras para convencerme de la astucia y la perfidia de Enrique; sin embargo, estoy dispuesto á perdonarle y á darle la corona imperial si él consiente en dar á Dios y á la Iglesia una satisfaccion proporcionada á la enormidad de sus crímenes. Si no hace esto, me es imposible atender á vuestras súplicas.

Enrique rechazó semejante proposicion.

Los romanos insistieron cerca del Pontífice á fin de que modificara sus condiciones. Gregorio se mostró inflexible, recordando que ante todo era Papa y que debía cumplir como tal, costase lo que costase.

Muchos romanos empezaron á manifestarse disgustados de Gregorio, á quien acusaban sólo por el hecho de no querer faltar á sus deberes de Pontífice.

Vino el verano. Fué tan riguroso, que dice el analista sajón que multitud de peces morían en los ríos, gran número de viejos y niños estaban atacados de disentería.

El rigor de aquel estío en aquellas llanuras mal sanas habían de experimentarlo de un modo particular los sitiadores mal cobijados y más expuestos á las enfermedades propias de una region que no era la suya.

De cuatrocientos que guarnecieron el monte Palatino no quedaron más que treinta, los cuales creyeron del caso abandonar el fuerte, porque se creían incapaces de resistir á un ataque.

Parecía haberse hallado la fórmula de un arreglo con la reunion de un Concilio para fines de 1083, comprometiéndose Enrique á no impedir á los que fueren á él y comprometiéndose algunos señores romanos por medio de una cláusula secreta á que dentro de un tiempo determinado Enrique fuese coronado, «caso que Gregorio viviese todavía ó no hubiese huído de Roma (1).»

Enrique cumplió de la manera como acostumbraba á hacerlo. Cerró el paso á los príncipes alemanes y á los obispos que se dirigían al Concilio. Muchos clérigos y monjes fueron maltratados; Hugo de Die, obispo de Lyon, que tanto trabajó para que triunfase la reforma en Francia; Anselmo de Luca, Reinaldo de Como y muchos otros prelados y abades fueron reducidos á prision (2).

Á pesar de todo, el Concilio se abrió. Fueron en pequeño número los asistentes; pues cerrado el paso á los alemanes y á muchos prelados de Italia, sólo pudieron comparecer algunos obispos de la Francia y de la Campania.

(1) *Si vivus est vel si forte de Roma non fugerit.* Chron. de Hugo

(1) Bert. Const., an. 1083.

Gregorio presidió el Concilio con la misma tranquilidad y la misma entereza que si se hallase en un período normal. Su actitud era tan simpática como enérgica y persuasiva su palabra.

Á la tercera sesión el Papa, como si le rodease una auréola sobrenatural, se levanta de su trono y empieza á hablar de la fe, de la moral cristiana, del valor en medio de los peligros presentes, con tal elocuencia, que llega á arrancar lágrimas de todos los asistentes (1). Gregorio terminó pronunciando la excomunión contra todos aquellos que habían impedido á los obispos y demás enviados que asistiesen al Concilio.

Enrique prosiguió en sus tropelías.

Anunció al abad de Monte Casino que tenía deseos de verle. ¿Le tratará el abad como á rey? Para salir de sus vacilaciones consulta al Pontífice.

El Papa había manifestado su voluntad ya anteriormente:

«No ignoráis, querido hermano, le había escrito, que si no nos hubiesen retenido el amor á la justicia y la honra de la Iglesia, y hubiésemos querido conformarnos á la perversa voluntad y á las pérfidas intenciones del Rey, hubiéramos recibido honores tales como no los recibieron jamas nuestros antepasados. Pero como hemos despreciado sus amenazas y su cólera, y estamos pronto á arrostrar la muerte si fuera menester ántes que consentir en su impiedad y abandonar la justicia, os incitamos y exhortamos á que permanezcáis fiel cual conviene, y que el honor de la Iglesia, que cuenta mucho con vos, conserve su fuerza y su brillo.»

El abad no temía por él; temía principalmente por la comunidad, contra la cual se cebaría Enrique.

El abad sale del monasterio diciendo ántes á los monjes que no manchará jamas la honra de la Iglesia; pues, ántes que faltar á ninguno de sus deberes, está dispuesto á perder la vida.

Encontró por el camino á muchas personas distinguidas adictas al partido de Enrique y al mismo canciller del Rey. El abad, ateniéndose á los cánones, se niega á toda comunicacion que estuviese prohibida por las leyes de la Iglesia.

Llega el abad á Albano. El Rey le manda que se le presente desde luego y que se prepare para recibir de sus manos la investidura abacial. El abad se niega rotundamente. Fueron necesarias todas las súplicas de Jourdan para que el Rey no maltratase al ejemplar religioso.

Allí tuvo que sostener discusiones con los que pretendían que un papa no puede ser elegido sin la aprobacion del Emperador. El abad Desiderio, que este era su nombre, sin tener en cuenta que hablaba á adversarios suyos, sostuvo con la mayor entereza la doctrina católica, probando que la Iglesia romana no es ni debe ser una esclava, que no se halla sometida á nadie, sino que en el orden de la sociedad cristiana está sobre todo, y que nadie puede tener el derecho de disponer de la Sede apostólica.

Enrique recibió de Alejo, emperador de Oriente, gruesas sumas de dinero y ricos regalos en alhajas y piedras preciosas para excitarle á sostener su política y pasar á hacer la guerra contra Guiscard.

Aquellos recursos le vinieron á Enrique perfectamente. Con aquel dinero compró á muchos de los señores que sostenían la defensa de Roma.

El 21 de marzo de 1084 recibió una embajada que le ofreció dejarle abiertas las puertas de San Juan de Letran, por donde hizo su solemne entrada acompañado de Guibert.

El día 25 de marzo Guibert fué instalado en el palacio de Letran.

El papa Gregorio continuó en el castillo de San Angelo acompañado de algunos señores que le permanecieron fieles.

Poco despues Guiscard acudió al socorro de Gregorio con un ejército de treinta mil hombres, y Enrique IV se vió precisado á huir á Civita-Vecchia y despues á Siena.

Desgraciadamente el ejército de Guiscard estaba compuesto de gran número de norman-

(1) *Dietertia totum fere conventum in genitus et lacrymas compulit.* Coleti, Coll, Cons.

dos y sarracenos que entraron la ciudad á sangre y fuego. Todas las casas alrededor de Letran y del Coliseo fueron incendiadas, degollados los habitantes, violadas las damas de la más ilustre nobleza y conducidas despues en esclavitud con sus hijos, atadas las manos á las espaldas.

Desde San Juan de Letran al Vaticano la ciudad no era más que una inmensa ruina.

Gregorio, acompañado de Guiscard, salió de Roma llorando sobre tantas catástrofes, y se encaminó hacia Salerno.

Allí una noticia no ménos funesta acabó de desgarrar su lacerado corazon. El antipapa Guibert había penetrado nuevamente en Roma, siendo recibido por sus habitantes.

Gregorio, léjos de Roma, lleno de pesares, se consagra á la contemplacion de las cosas divinas.

Tantas calamidades no podían ménos que influir en su salud ya bastante debilitada.

En enero de 1085 empezó á sentirse muy decaído.

En el mes de mayo tuvo que permanecer en la cama, de donde ya no se volvió á levantar.

Llamó á los cardenales y obispos que le permanecían fieles. Éstos se constituyeron en redor de su lecho.

—Hermanos míos muy queridos, les decía, yo cuento mis trabajos por muy poca cosa; pero lo que me da confianza es que siempre he amado la justicia y aborrecido la iniquidad.

Los que le rodeaban manifestaron el desconsuelo, el desamparo en que iban á encontrarse despues de su muerte.

Gregorio les animó, y levantando la mano para señalar el cielo, les dijo:

—Yo subiré allá arriba y os encomendaré con instancia al Dios soberanamente bueno.

Al acercarse la hora de su muerte, presintiendo ya él su próximo fin, volvió á pronunciar esta frase que fué la última:

—He amado la justicia y aborrecido la iniquidad; por esto muero en el destierro.

—No, santísimo Padre, le contestó un obispo; vos no podéis morir en el destierro, porque la voluntad de Dios os otorgó los pueblos en herencia y los límites de la tierra por fronteras de vuestra jurisdiccion.

Gregorio ya no oyó estas palabras. Se pronunciaron sobre su cadáver.

Falleció el 25 de mayo.

Despues de su muerte se le ha injuriado; pero la grandiosidad de aquella figura se levanta majestuosa al traves de los siglos sin que logre oscurecer siquiera su majestad la nube de calumnias con que se ha tratado de envolverle.

El ilustre crítico Voigt, el que ha estudiado con mayor detencion la vida de tan eminente hombre, le juzga en estos términos:

«Cuando un hombre se muestra grande, noble, elevado en el seno de la prosperidad, el mundo le honra, le venera, le admira, y si su estrella brilla durante toda su carrera hasta el momento de su muerte, su nombre es transmitido á la posteridad.

«Sin embargo, aún cuando no termine su obra, aún cuando la muerte le sorprenda en medio de sus trabajos, consideramos su carrera como consumada, supliendo nuestra imaginacion á cuanto le quedaba por hacer; mas cuando un hombre lanzado en medio del tumulto y del desórden, expuesto á las vicisitudes de la buena y de la adversa fortuna, resiste con firmeza, y fuerte con su conciencia, animado por su fe y sus convicciones, permanece tranquilo é indiferente, sufre con resignacion, apoyándose en el áncora que Dios ha colocado en su corazon en el mismo momento en que se subleva contra él el universo entero, semejante hombre es la maravilla de su siglo.»

Luégo Voigt añade:

«Los mismos que se ensañan contra Gregorio se ven obligados á reconocer que la idea dominante del Pontífice (la independenciam de la Iglesia) era indispensable para la propagacion de la Religion y para la reforma de la sociedad, para lo cual era preciso romper los lazos que

habían encadenado la Iglesia al Estado, con gran detrimento de la Religión. La Iglesia debía ser un conjunto, un todo, una en sí misma y por sí misma, una institución divina, cuya influencia, saludable para todos los hombres, no fuese contrarestanda por principio alguno terreno. La Iglesia es la sociedad de Dios, cuyos bienes y privilegios no puede atribuirse mortal alguno, cuya jurisdicción no puede, sin crimen, usurpar príncipe alguno; pues así como hay un solo Dios y una sola fe, no hay más que una Iglesia y un jefe. En las epístolas de Gregorio rebosa constantemente esta idea, y abrigando la convicción íntima de que era llamado para realizarla, trabajó en ello con todas sus fuerzas.

«¿Acaso podrá reprochársele el haber alimentado tan grande pensamiento? ¿Se atacará por ventura la idea como extraña y exagerada? No; ambos asertos serían tan injustos como insensatos.

«El genio del despotismo había muerto con los imperios asiáticos; las turbulentas repúblicas de Roma y de Atenas habían desaparecido; todo alrededor de Gregorio tendía á la monarquía, todo se amoldaba en este sentido; cada uno procuraba ser algo para sí á fin de serlo para el todo; los duques rodeaban á los emperadores, los príncipes á los duques, y los vasallos y feudatarios se agrupaban cerca de sus respectivos señores. ¿Por qué, pues, la Iglesia, esencialmente monárquica, no habría trabajado en igual sentido? ¿Por qué acusar á los papas por haber tenido *el espíritu de su época*, y seguido el impulso general?»

El conde de Maistre, ocupándose del carácter de la gran reforma de Gregorio hasta con relación al poder político, la presenta como una barrera opuesta al despotismo, y dice:

«Entre todos los pontífices llamados á tan grande obra, álzase majestuosamente la figura de Gregorio VII.

«Gregorio no confiaba demasiado en sí mismo, cuando atribuyéndose con la íntima persuasión de su fuerza la misión de instituir la soberanía europea, joven aún en aquella época y en el ardor de las pasiones, escribía estas notables palabras: «Cuidamos con el auxilio divino de dar á los emperadores, reyes y demás soberanos las armas espirituales que necesitan para calmar en ellos las furiosas tempestades del orgullo.»

«Es decir, les enseñó que un rey no es un tirano.»—¿Y quién se lo habría dicho sino él?

«Maimbourg se queja amargamente de que el carácter imperioso é inflexible de Gregorio VII no le permitiese unir á su celo la sublime moderación de sus cinco antecesores.

«Por desgracia, la *sublime moderación* de aquellos pontífices nada corrigió, y no hubo quien no se burlase de ellos; la violencia jamás fué refrenada por la moderación, y las potencias jamás se neutralizan sino por esfuerzos contrarios. Los emperadores se dejaron arrastrar contra los papas á excesos que se pasan siempre en silencio, y se abultan actos algo exagerados presentándolos como delitos; sin embargo, esta es la suerte común á las cosas humanas; nunca se ha formado constitución alguna, nunca ha tenido lugar una amalgama política sin que se hayan mezclado distintos elementos que, chocando en un principio entre sí, han acabado por penetrarse y equilibrarse.

«...En una palabra, la Iglesia, humanamente hablando, se hallaba en la agonía; no tenía ya forma, ni disciplina, y en breve hubiera perdido hasta su nombre, sin la intervención extraordinaria de los papas que, sustituyéndose á autoridades extraviadas ó corrompidas, gobernaron de un modo más inmediato para restablecer el orden.»

Un historiador moderno, M. Julio Zeller, que no deja de participar de muchas de las preocupaciones que dominan entre los críticos racionalistas respecto á la persona de Gregorio VII, al ocuparse de su misión y de su influencia, dice en su *Historia de Alemania*:

«Hay un elogio que tienen que conceder espontáneamente todos los escritores imparciales é ilustrados á este hombre notable á la vez por la elevación de su inteligencia y la fuerza de su carácter, y es el de haber sacudido y despertado de una manera poderosa la vida del espíritu en una época grosera y en una sociedad materializada que había llegado casi á ahogar la enseñanza cristiana. Á partir de aquel momento, en efecto, la Iglesia y la sociedad

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 106 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Constará de seis tomos en 4.º ilustrados cuando ménos con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.



BOLETIN DE ANUNCIOS

DE LA IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.—BARCELONA.

À nuestros apreciables señores Corresponsales y al público en general.

En el *Catálogo completo* de esta casa que tenemos publicado, y que facilitamos á los negociantes en libros que nos lo piden, constan las *Condiciones* que rigen, y como alteran en parte las establecidas é insertas en los catálogos y números anteriores de este BOLETIN, hemos creído conveniente copiarlas á continuacion para conocimiento de todos, y para que sepan á qué atenerse en lo sucesivo nuestros constantes favorecedores.

Condiciones.

- 1.ª Las obras comprendidas en este *Catálogo*, que son las anunciadas en todos los números de este BOLETIN, se hallan de venta en casa de Corresponsales que tenemos en los principales puntos de España, y en algunos de ultramar y extranjero.
- 2.ª Se hará un descuento proporcionado á la importancia del pedido que se haga al *por mayor* de las obras comprendidas en el presente *Catálogo*.
- 3.ª Se faculta para admitir suscripciones á las publicaciones periódicas y á las obras en suscripción permanente comprendidas en el presente *Catálogo*, que para diferenciarlas de las demas van señaladas con una *manecilla*, así como para la venta de las ya terminadas, á todos los que están en relaciones, por cualquier concepto que sea, con el Heredero de D. Pablo Riera.—Los que sin pertenecer á la clase indicada gusten ocuparse igualmente en este servicio, que lo hagan presente, é indicando al propio tiempo con quién poder informarse, se procurará complacerles.—Puede cualquier particular suscribirse tambien, ó adquirir las publicaciones contenidas en el presente

- Catálogo*, dirigiéndose al citado Sr. Heredero, acompañando el importe de lo que se pida en sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería ú otro medio, y será atendido puntualmente.—Será condicional la comision que se abone á los que se nombren Corresponsales de la casa.—Conocidos los buenos resultados que dan las publicaciones por susericion, explotadas por medio de su primera entrega, las proporcionaremos al que nos las solicite.
- 4.ª Para facilitar el negocio á sus Corresponsales, esta casa se encarga de la compra de los libros que no sean de fondo de la misma, y de todos los productos de la Península que se le pidan por los negociantes en el ramo de librería, particularmente los de ultramar y extranjero, por una módica comision, y precediendo ciertas formalidades.
- 5.ª No se admiten cambios.
- 6.ª Este *Catálogo* anula los anteriores.

Obras terminadas, y que en el anterior Boletin n.º 9 y 10 se anunciaban como en prensa.

Año de María, ó coleccion de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los dias del año, por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.—Consta de seis tomos en 4.º, ilustrados con 60 láminas.—Cada tomo comprende dos meses.—Véndese á 65 pesetas, encuadernada en relieve.
 ó 110 cuadernos de á 56 páginas á 0'50 peseta el cuaderno.
 (Véase en el BOLETIN n.º 9 y 10 el prospecto de esta obra).

La Razon y el Evangelio, obra seguida de algunas consideraciones sobre las Universidades Católicas, por Augusto Nicolas, traducida por José Pallés.—Consta de un tomo en 4.º.—Se vende á 4 pesetas, encuadernado en pasta.
 (Véase en el BOLETIN n.º 9 y 10 el prospecto de esta obra).

El Alma en pos de María, amerosos y tiernos coloquios de la Virgen santísima con un alma que la acompaña en la contemplacion de las penas que sufrió su santísimo Hijo Jesus en su dolorosa pasion y muerte. Obra escrita en obsequio de las personas amantes de Jesus crucificado y de nuestra afligidísima Madre María santísima, por D. José Juaniquet, cura párroco de Torrefarrera, diócesis de Lérida.—Consta de un tomo en 8.º mayor.—Se vende á 4 pesetas, encuadernado en pasta.

Hé aquí un libro que no se puede leer sin derramar abundantes lágrimas, que arranca al alma la consideracion de los episodios de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, referidos por su santísima y dolorida Madre. El autor se propuso escribir una obra de meditaciones, bajo un nuevo sistema, y ha salido tan airoso en el desempeño de su propósito, que *El Alma en pos de María* induce insensiblemente á la meditacion, graba con caracteres de ternura en el pecho los dolorosos episodios que refiere, y hasta los profanos, que hallan un gusto especial leyéndolo, sienten luego en el fondo del pecho los efectos de su lectura, y aspiran á enmendar su vida, y á arreglar su conducta conforme á las instrucciones que para el efecto han recibido de los labios de María; instrucciones prácticas, sacadas como fruto de la consideracion de los tormentos de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, que aparecen más tiernos y dolorosos en esta obra, viéndolos relatados por los labios de María acoojada.

Soliloquios, Manual y Meditaciones del glorioso doctor de la Iglesia san Agustin. Traducido del latin por el P. Pedro de Ribadeneira, de la Compañía de Jesus.—Estas incomparables obras reunidas forman un tomo en 8.º.—Se vende á 1'75 pesetas, encuadernado en pasta.

Temerario sería en nosotros hacer el elogio de una de las más populares y conocidas obras del doctor de la Iglesia san Agustin, pues estas obras llevan ya su encomio merecido, así con el nombre de su santo Autor, como con el gran favor que siempre las ha dispensado el pueblo cristiano, que ha encontrado en ella un manantial perenne de aguas vivas, que refrescan el alma cansada, que la comunican fuerzas para continuar por el camino del amor de Dios, y que hacen que, en éxtasis deleitoso, tenga siempre en Dios fijos el corazon y los ojos, el alma y los sentidos, las potencias y la vida. Nosotros hemos reunido, para mayor comodidad de los fieles, en un solo volumen, los *Soliloquios* del grande obispo de Hipona, en que el alma se expansiona considerando las grandezas y bondades de Dios, y traduce sus afectos en dulces y sentidos conceptos de admiracion y amor; el *Manual* del mismo Autor, que viene á ser una segunda parte de los *Soliloquios*, y por consiguiente es inútil que digamos si dominan los mismos afectos y sentimientos, los mismos pensamientos y expansiones del alma sobre la Divinidad, pero en asuntos diversos, y las *Meditaciones*, que con decir que es un complemento precioso y necesario de los dos libros anteriores, escrito con el mismo estilo, y más grande, si cabe, en pensamientos y amorosos afectos, hemos dicho lo bastante.

Arte de vender ó guía de los dependientes, en los establecimientos particulares. Estudio indispensable á toda clase de dependientes, en toda tienda de géneros, casas de huéspedes, fondas, cafés, etc., etc.—Consta de un tomo en 8.º.—Se vende á 1 peseta, encuadernado en carton.

—¿Había este libro?—No, señor.—¿Por qué lo han hecho?—Por amor al prójimo.—¿Para qué sirve ese libro?—Para que los jóvenes que se dedican al despacho de géneros en las tiendas ú otros establecimientos públicos, se instruyan con su lectura, y sepan con su estudio, en poco tiempo, lo que no aprenderían, y por consiguiente no sabrían en muchos años.
 —¿Qué ganancia tendrán los dependientes?
 —MUCHÍSIMA GANANCIA, porque haciéndose más capaces los que estudien el libro, estarán ménos tiempo sin ganar, y ganarán más los que ya ganan: sus amos ó

principales estarán más contentos, pues todos desean que los dependientes sepan y practiquen lo que enseña este libro, y es indudable que viéndose bien servidos pagarán más.

Historia de los oficios y de la industria desde la creación del hombre hasta nuestros días, por D. Luis Gallardo Bastant, socio corresponsal de la sociedad *La Protectora de los animales y plantas de Cádiz*, premiado en las Exposiciones de Madrid, Londres, Barcelona y últimamente de Viena, por el grupo de producciones industriales y agrícolas, en el cual se hallaba el original de la presente obra.—Consta de un tomo en 8.º—Se vende á 1'25 pesetas, encuadernado en cartón.

Contiene esta obrita, tan interesante como compendiada, una reseña histórica

de la invención y principales vicisitudes que en su desenvolvimiento han sufrido las más importantes industrias. Cumple en ella el autor, que da pruebas de un notable conocimiento del asunto y de no escasas dotes para el arte de escribir, la condición que por sí sola basta á hacer recomendable una obra de *instruir deleitando*.

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra: dibujos de Gustavo Doré, grabados por H. Pisan.—Consta de dos abultados tomos doble folio, ilustrados con 120 láminas grandes sueltas y 257 viñetas intercaladas en el texto.—Se vende á 1'97 pesetas, encuadernado en medio chagrin con relieves y dorados al llano.

ó 113 cuadernos á 1'50 pesetas cada uno.

(Véase en el BOLETIN n.º 9 y 10 el prospecto de esta obra).

Obras en publicacion.

Historia de España ilustrada, desde su fundacion hasta nuestros dias ó sea coleccion de litografías, representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso por D. Rafael del Castillo.—Van publicadas dos tomos en folio mayor, á 26 pesetas el primero y 55 el segundo, encuadernados en medio chagrin con relieves y dorados al llano.

Se reparten dos entregas mensuales de 4 láminas cada una, á 1'25 pesetas la entrega.—En el extranjero y ultramar á 1'75.—Van publicadas 107 de las cuales 16 forman el tomo primero, 38 el segundo, y las restantes pertenecen al tercero.

(Véase el prospecto de esta obra en el BOLETIN n.º 4).

Historia de las persecuciones sufridas por la Iglesia católica desde su fundacion hasta la época actual. Contiene un exámen detenido de las causas de cada una de ellas y de los caracteres especiales que presentaron, de las principales legislaciones que contra el Cristianismo han regido y rigen; la biografía de los tiranos y perseguidores y de los más ilustres perseguidos y mártires, con interesantes descripciones de los lugares en que se libraron los recios combates del orgullo humano contra la verdad divina desde el Calvario, en el siglo I, hasta el Quirinal, en nuestros días. Obra escrita por D. Eduardo María Vilarrasa, cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia, (Barcelona), é ilustrada con magníficas láminas intercaladas en el texto.

Constará de dos tomos en folio, de unas 800 páginas cada uno, en papel superior y tipos elegantes, y adornada con unas 150 magníficas láminas, relacionadas con el asunto de la publicacion.—Se divide ésta en cuadernos, conteniendo cada uno de ellos 4 entregas de 4 páginas, al precio de 0'12 1/2 peseta en toda España.—Se reparte semanalmente un cuaderno de 4 entregas. Van publicados ya 67.

(Véase el prospecto de esta obra en el BOLETIN n.º 9 y 10).

El Consultor del Rey D. Alfonso XII. *Semblanzas de las personas notables existentes hoy en España; Real familia, altos funcionarios del Estado, nobleza, episcopado, generales de la armada, periodistas y hombres políticos, grandes fabricantes é industriales y notabilidades en ciencias, literatura, artes, comercio y agricultura*. Obra de lujo é ilustrada con retratos, vistas de buques, fábricas y poblaciones industriales; dedicada á S. M.; escrita bajo la direccion de D. Pedro Chamorro Martin y Baquerizo, Teniente Coronel de infantería y autor de varias obras, con la colaboracion de literatos conocidos en la corte y Barcelona, cuyos nombres aparecerán en la portada de lujo que se dará al fin de la obra.

Se publicará por entregas, componiéndose cada una, cuando ménos, de una lámina suelta y de un pliego de impresion doble folio. A fin de que las semblanzas y biografías, que como la de S. M. el Rey tengan que ser extensas, puedan marchar niveladas con los retratos publicados, se repararán algunas entregas de *triple texto*, dándose en vez de lámina suelta dos pliegos de impresion. Las láminas sueltas serán retratos con su facsímil al pié, ó vistas de buques, fábricas y poblaciones industriales (en fotografía), con su correspondiente papel de seda para la conservacion de las mismas, y todo bajo una elegante cubierta. Toda la obra constará de diez secciones, cada una de ellas contendrá de 40 á 50 entregas. Los reparos de las entregas tendrán lugar los días 1.º y 15 de cada mes, en cuadernos de cinco entregas á la vez, con el fin de terminar lo más pronto posible la publicacion. El precio de cada entrega será el de una peseta en toda España.—Las DIEZ SECCIONES se dividirán en la forma siguiente: 1.ª, 2.ª, 3.ª y 4.ª Real familia; Altos funcionarios del Estado; Nobleza; Episcopado.—5.ª y 6.ª Generales del ejército y armada; Hombres distinguidos en Política, Prensa, Ciencias, Artes ó Literatura.—7.ª Grandes Fabricantes é Industriales y cuantos con sus inventos han contribuido al fomento de la produccion nacional.—8.ª, 9.ª y 10.ª Banqueros, Comerciantes y Agricultores.—Al terminar cada seccion se dará una portada *litografiada*, con emblemas que simbolizen su contenido.—Las SEMBLANZAS ó BIOGRAFÍAS que lleven retrato, que para mayor exactitud será en fotografía tirado aparte, comprenderán ademas, intercalados en el texto, grabados los *escudos de armas* del que posea títulos nobiliarios; y lo mismo se practicará con los que los tengan por *premios de honor y mérito*, comunmente representados por medallas.—La publicacion de las SEMBLANZAS ó BIOGRAFÍAS se verificará indistintamente sin llevar orden ni clase; pero á la conclusion de cada seccion se dará un *Índice* que sirva de regla para la encuadernacion.

(Véase el prospecto de esta obra en el BOLETIN n.º 9 y 10).

Circunstancias que no son de este lugar, y que sólo responden á la magnitud de la obra, han hecho que despues de repartido el *primer cuaderno* se haya suspendido la publicacion, que vamos á continuar, y daremos el *segundo cuaderno* el 15 de diciembre próximo; el *tercero*,

el 15 de enero; el *cuarto*, el 15 de febrero, y así sucesivamente hasta que, regularizada completamente la publicacion, podamos dar *los dos cuadernos* mensuales, conforme tenemos ofrecido.

Historia popular del mundo, escrita por Ch. Kravér. Edición ilustrada con magníficos grabados intercalados en el texto y láminas sueltas.

Esta obra se publica por cuadernos semanales de 8 entregas de 4 páginas en folio, al infimo precio de 0'50 peseta el cuaderno. Las láminas sueltas, á pesar de su belleza, sólo equivalen á una entrega. Van publicados ya 52 cuadernos.

Notable por más de un concepto es la obra que hoy anunciamos, y para cuya procecucion no hemos omitido ni pensamos omitir sacrificio alguno.

La Historia, foco de esplendente luz que sirve de seguro guía á la humanidad, que ciega y confiada se lanza por el ancho campo de la vida, tiene doble importancia en nuestros días, en que la pasion extraviada tiende á adularse unos hechos para justificar determinados fines, empequeñecer grandes figuras para ensalzar ídolos de barro, y sacar torcidas consecuencias de acontecimientos pasados que puedan servir á sus interesadas miras.

Los conocimientos históricos sirven al hombre de provechosa experiencia, y en ellos encuentra siempre bastante que admirar, algo que compadecer y que vituperar, y sobre todo mucho que aprender.

Porque la Historia no es otra cosa que una voz perenne y vibrante, que habla incesantemente al oído humano un lenguaje de sucesos intimamente eslabonados, en que de la causa de ayer proviene el acontecimiento de hoy, y éste á su vez produce el hecho de mañana, mañana que se prolonga tanto como la vida de la humanidad.

La Historia, bola de nieve arrojada en el campo de los siglos, en sus caprichosos giros ha ido aumentando su volumen con los inmensos materiales que cada uno le ha prestado, y al derretirse, por decirlo así, ante el calor de la mirada humana, le muestra en colosal é imperecedero panorama hechos y personas, naciones que han desaparecido, pueblos que se han formado sobre sus ruinas, vastas y fértiles campiñas donde en lejanos tiempos había procelosos mares, muertas civilizaciones y nacientes progresos, el crimen bajo la púrpura y la abyeccion en las últimas capas sociales, la virtud en los palacios, y la honradez en la humilde choza; y todo ello unido, todo encadenado, todo providencial, porque como una larga cadena cuyo primer anillo se enlaza con el *Facta est lux*, todos los demas hechos subsiguientes no son más que eslabones que obedecen á una lógica inmutable, y que han de ir prolongándose ligados del mismo modo mientras subsista el mundo.

Una necesidad imperiosa, un deseo insaciable de saber agita nuestra sociedad; los ojos que habían permanecido cerrados por dilatado espacio, al abrirse á la luz, anhelan absorberla á raudales, y precisamente ninguna ciencia, ninguna luz puede responder á esa necesidad y á ese deseo de lo verdaderamente bello y de lo cierto como la Historia.

En ella la humanidad lee, medita, aprende y adquiere las armas para poderse lanzar con seguridad en el vasto palenque de la vida; y aquellos personajes que hablan, y aquellos sucesos que se encadenan, y aquellas catástrofes que se justifican, son la provechosa experiencia que puede adquirir la humanidad de hoy para sus acciones de mañana.

Pero la Historia, para llenar cumplidamente su verdadero objeto, ha de ser concisa, á fin de no fatigar al lector durante el prolongado viaje que tiene que hacer á traves de tantos siglos y de tantos pueblos; escrita con un lenguaje sencillo para que puedan comprenderla hasta las más vulgares inteligencias, y clara en la distribucion de materias que abraza, para no producir confusion en el ánimo y poder realmente conseguir el fin que se ha propuesto.

Por eso á nuestra HISTORIA DEL MUNDO le hemos dado el carácter de *popular*, porque anhelamos que penetre, lo mismo en la modesta casa del artesano que en el suntuoso gabinete de estudio del magnate, siendo comprendida por el uno y leída con benevolencia por el otro; estando narrados los hechos, deducidas las consecuencias, distribuidos los asuntos, y hechas las consideraciones con extraordinaria sencillez, á la par que con elegancia en el estilo y correccion en el lenguaje.

Entre todas las Historias Universales que se han publicado en diversos idiomas la que justamente goza de mayor fama es la de *César Cantú*, pero si el hombre de estudio la lee con fruicion y sabe apreciarla en lo que verdaderamente vale, en cambio las inteligencias vulgares, las clases populares que necesitan instruccion y conocimientos difícilmente la conocen por las dificultades que para su estudio les ofrece.

La que publicamos tiende á satisfacer esa necesidad, tanto por lo mucho más económico de su coste, cuanto por lo más reducido de sus dimensiones y la mayor claridad con que está escrita.

Mucho más profunda, de mérito indisputable es aquélla; libro que siempre será leído con aprovechamiento, carece, sin embargo, de los elementos necesarios para difundirse entre las clases ménos acomodadas de nuestra sociedad, miéntras que el que hoy ofrecemos al público podrá valer ménos quizás, como trabajo científico, pero en cambio será leído y comprendido más fácilmente por esas mismas clases.

La *ilustracion*, tan necesaria hoy en obras de esta índole, es otra de las ventajas que reúne la HISTORIA POPULAR DEL MUNDO; y tan profusa y tan exacta al mismo tiempo es la que hemos conseguido reunir, que no dudamos ha de ser otro de los mejores alicientes que tenga.

En cuanto á la parte tipográfica hemos tratado tambien de que reúna la claridad en los tipos con la mayor cantidad posible de lectura en las entregas, y creemos haber llenado cumplidamente nuestro objeto.

Tratado de Patología interna, redactado con arreglo á las más recientes investigaciones y descubrimientos de la ciencia médica y consideraciones especiales sobre Anatomía patológica é Histología, por el Dr. C. F. Kunze, pro-

fesor de Medicina en Halle. Traducido directamente de la segunda edición alemana, por D. Carlos Fernandez de Castroverde, filólogo, catedrático propietario de lengua alemana del Instituto Provincial de Barcelona, ex-director del mismo, socio corresponsal del Instituto filológico de Munich, traductor de varias obras alemanas, etc., etc.—Primera edición española, revisada y anotada por el Dr. D. Rafael Rodríguez Mendez, catedrático de Higiene privada y pública de la Universidad de Barcelona, y con un prólogo del doctor D. Bartolomé Robert, catedrático de Patología interna de la misma.

La obra constará de dos tomos en 4.º mayor de 800 páginas próximamente cada uno. Se reparte por cuadernos de diez pliegos al precio de 250 pesetas. Los dos tomos contendrán diez cuadernos poco más ó ménos y valdrán 25 pesetas.—Van publicados ya 5 cuadernos.

La obra que publicamos viene precedida de fama bastante para que sea preciso

encomiarla una vez más. Por otra parte las frases de alabanza suelen interpretarse de mala manera, y por no ser preciso ni conveniente llamamos cuanto en su elogio pudiéramos decir. Sólo nos permitiremos indicar, que su primera edición alemana fué agotada rápidamente, y que hoy, refundida y ensanchada, sirve de texto en algunas escuelas de Medicina.

Para editarla en nuestro idioma se ha tropezado con grandes obstáculos, tal vez capaces de arredrar al que sólo fuera impelido por la idea de lucro; pero ante el vivísimo deseo de dar á conocer en España una obra tan bien reputada, no ha cesado el trabajo para conseguirlo.

Hoy tenemos el honor de ofrecerla á la clase médica y á la escolar, esperando favorecerá nuestros esfuerzos.

Se ha procurado que la forma del libro armonice con su fondo, y á este fin sale á luz con buenas condiciones materiales.

Obras recientemente publicadas.

Cantoral manual de Semana Santa, para celebrar uniformemente los oficios divinos en todas las iglesias colegiadas, parroquias y conventos; arreglado al canto llano de la santa iglesia de Toledo: corregido y adicionado por D. Plácido Grande y Frutos, organista y sacristan mayor de la iglesia parroquial de San Lorenzo de la villa y corte de Madrid; Contiene las Misas, Maitines y Laudes del Domingo de Ramos, Juéves, Viérnes y Sábado Santo, con todos los Salmos, Himnos, Bendiciones y Procesiones.—Consta de un tomo en 4.º—Se vende á 6 pesetas, encuadernado en relieve.

Este volumen, en el que se ponen en canto llano los himnos, salmos, antifonas y demas que canta la Iglesia en los solemnes días de la Semana Santa, es una obra verdaderamente indispensable á las iglesias colegiadas, parroquias y conventos, para dar á dichas funciones aquella augusta majestad, aquella imponente gravedad que deben respirar todas las funciones religiosas de la Semana Santa. Basta decir que se halla arreglado al canto que en iguales días se emplea en la iglesia catedral de Toledo, para que se forme una idea de la bondad de la obra que ofrecemos al público, y de su indisputable utilidad para todas las iglesias que quieran dar á sus funciones aquel timbre de grandeza majestuosa é imponente que deben respirar las funciones de la Semana Santa, para elevar los espíritus á la contemplación de los misterios que á los fieles propone la Iglesia.

Historia de los hechos y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo, desde su venida al mundo hasta su gloriosa Ascension al cielo, por D. Joaquin Roca y Cornet.—Esta obra consta de un tomo en 4.º mayor de cerca 909 páginas con una preciosa lamina abierta en acero.—Se vende en rústica al precio de 10 pesetas.

Esta obra, cuya tercera edición damos hoy al público, es la más importante, sin duda, que salió de la pluma de su ilustre y malogrado autor, bajado al sepulcro hace poco más de cuatro años, y es también la ménos conocida de sus producciones literarias. Publicada en 1857, como parte integrante de la extensa obra en treinta tomos, *Biografía eclesiástica completa*, quedó su circulación reducida á los suscritores de ésta, relativamente escasos en número dadas sus proporciones y su coste. Y como hace años están ya agotados los ejemplares de tan voluminosa publicación, necesario era dar de nuevo al público, bajo condiciones más ventajosas, la *Historia de los hechos y doctrina de Nuestro Señor Jesucristo*.

Presentar esta historia cual más conviene á nuestro siglo, decorada con todas las circunstancias que pueden darle interés á los ojos del filósofo y del curioso, sin dejar de contener el fondo divino que en ella busca el corazón cristiano; tratar de la sublimidad de su doctrina como única norma de perfección y de dicha en el individuo, en la familia y en la sociedad, sin separarse un ápice del Texto evangélico; engalanarla con los auxilios de la tradición y de la crítica contra los esfuerzos del error, que han intentado desfigurarla, ya que no pueden destruirla; escribir para todos una *historia de Jesucristo*, sin pretensiones, sin difusión, sin erudición empalagosa, enlazando en lo posible la sencillez con la unción, y el interés de la pintura con la naturalidad de las formas, tal es el objeto de la obra del Sr. Roca y Cornet.

«Dichosos los siglos, dice el mismo Sr. Roca en la advertencia preliminar, en que para anunciar la Vida de Jesucristo y hacer interesante su lectura bastaba, puestos los ojos sobre el Libro santo, entregarse á las solas y espontáneas efusiones del alma! ¡Felices tiempos en que una mano sacrilega no había intentado, bien que en vano, derramar el veneno de la duda sobre el manantial mismo de la vida! La palabra de Dios ha quedado tal cual ha sido siempre, poderosa é irresistible cuando sale de los labios de sus ministros; entónces es penetrante como una espada de dos filos, que llega á dividir el alma del espíritu. Mas cuando una lengua profana se esfuerza en anunciarla á un mundo pervertido, no puede prescindir de ciertas injustas prevenciones ó siniestras dudas para que la palabra santa sea recibida sin desden ni burla, ya que no con docilidad y respeto.» Añade luégo: «Esta consideración me ha hecho preceder la *Historia de Jesucristo* de algunos preliminares que, por decirlo así, preparasen el terreno. Después de probada la autenticidad de los cuatro historiadores sagrados, testigos de vista ó contemporáneos, en quienes plugo al Señor dejar consignados sus hechos y su doctrina menester era tocar, bien que de paso, la parte apócrifa, en la cual, ora la minuciosa piedad, ora la indiscreta crítica, ora tal vez la malignidad astuta habian alterado la noble severidad ó la integridad reconocida del relato evangélico: y descendiendo á tiempos más cercanos á nosotros, indicar de un lado los esfuerzos de la escuela anticatólica para despojar á Jesucristo del carácter augusto de la divinidad, y á sus actos y doctrina del carácter de sobrenatural, único que podía transformar el mundo: y de otro lado la superioridad y valentía con que los escritores ortodoxos han defendido en Jesucristo aquel augusto carácter, presentándole como el tipo de toda perfección moral, el único Reparador, el verdadero Maestro, y el Redentor divino de la pérdida humanidad, no olvidando las claras y magníficas profecías con que había sido anunciado ya desde el principio del mundo.»

Como fondo de este precioso cuadro, no olvida tampoco el Sr. Roca y Cornet el colorido histórico, presentando el estado de la civilización romana en el punto más culminante de su poder y de su gloria, y haciendo al mismo tiempo las más interesantes investigaciones acerca el pueblo á quien estaba prometida, y donde debía verificarse la aparición del Hombre-Dios.

Nada más queremos añadir sobre esta bajo muchos títulos importante obra, cuyo éxito se halla doblemente garantido de un lado por la trascendencia del asunto, y de otro por el nombre de su autor.

Loores á la Virgen santísima en las principales fiestas que la santa Iglesia la dedica, desde su Inmaculada Concepcion hasta su feliz tránsito de este

mundo al Cielo. Sigue un apéndice en que se la considera bajo todos los títulos de Monserrat, del Pilar, del Carmen y de las Mercedes, concluyendo con la paráfrasis del salmo Miserere y la Prosa de los difuntos. Obrita escrita en verso por D. Juan Bautista Simó y Cifuentes.—Un tomo en 8.º—Se vende á 125 pesetas, encuadernado á la suiza.

El principal objeto de este libro es ensalzar las virtudes y prerogativas de la Virgen Madre, recorriendo los misterios de su vida hasta su feliz tránsito al cielo. Siguen algunas de las principales festividades que en su honor celebra la santa Iglesia, el *Stabat* de gozo y el de dolor, tanto en latin como traducidos en verso español y parafraseados, concluyendo con el *Miserere* y el *Dies iræ*, en igual forma.

Así, pues, el devoto de María hallará en un reducido volumen un espacioso campo que recorrer, pudiendo dar expansión á su pecho, acompañando á la Reina de los ángeles en las glorias y acerbos dolores que durante su permanencia en el mundo le cupieron, ya contemplándola en su terrible amargura al pié de la cruz donde vió espirar á su idolatrado Hijo, ya en su inmensa alegría en el pesebre de Belén, junto al tierno Infante que diera á luz para la redención del género humano.

Estos opuestos afectos, que con tanta intensidad experimentó la más amante de las madres, se hallan perfectamente reflejados en los dos bellos himnos que se han indicado; mas, al paso que el *Stabat* de dolor es tan conocido, apenas se tiene noticia del de gozo, compuesto por el mismo autor, lo que nos ha decidido á publicarlo también ahora, á fin de que fuese conocido asimismo de los fieles devotos de la santísima Virgen, y pudiesen así saborearlo, alegrándose con ella en sus transportes de júbilo.

Bajo todos conceptos, pues, no deja de tener algun interés la presente obrita, para las personas que deseen meditar ó contemplar las glorias y los dolores de su querida é inmaculada Madre, reuniendo, además la novedad de contener dicho *Stabat* de gozo, casi desconocido hasta ahora, y que aún no se ha publicado en España.

El Cristiano perfecto. Devocionario escrito por D. José María Vila, presbítero, rector de la iglesia de San Pablo y santo Domingo de Écija, catedrático que ha sido del Seminario de Córdoba.—Un tomo en 16.º mayor.—Véndese á 150 pesetas, encuadernado en relieve.

Tal es el título de un devocionario que acabamos de dar á luz. Muchos son los libros de esta clase que se han publicado hasta hoy, y algunos excelentes; pero no responden á las necesidades de la época actual, como *El Cristiano perfecto*. Corroída una gran parte de nuestra sociedad por el indiferentismo, impregnada otra de un sinnúmero de groseros errores, es necesario hoy, siempre que se habla de piedad y virtud, hacer comprender al mismo tiempo la verdad y divinidad de la doctrina de nuestra augusta y santa Religión. Los libros de controversia católica no pueden llenar este vacío porque, á causa de su clase y precio, circulan solamente entre un número reducido de personas. Hacía falta, pues, un libro popular que, penetrando en todas partes por su clase y precio, llevase desde el palacio hasta la cabaña la firmeza en la fe católica, esa firmeza que produce los héroes y los mártires. *El Cristiano perfecto* viene á llenar este grande vacío: basta leerlo una vez para experimentar repugnancia al vicio y al error y sentirse inclinado dulcemente á la fe católica y á la práctica de la virtud.

Esperamos, por tanto, que todos los que buscan de buena fe la luz de la verdad, que todos los que desean su justificación, que todos los católicos, en una palabra, se apresurarán á adquirir este precioso devocionario, que tan óptimos frutos ha de producir en el vasto campo de la Iglesia.

¡Lo que será! *Profecías del gran profeta Nostradamus, segun los comentarios del abate H. Torné-Chavigny, conocido por cura párroco de la Clotte y de San Dionisio-du-Pin, diócesis de la Rochela,* traducido del frances por D. Victor Roselló.—Un tomo en 8.º mayor.—Véndese á 2 pesetas, encuadernado en carton.

Los numerosísimos ejemplares de esta obrita, expendidos en Francia desde su reciente aparición, hablan más alto en favor de ella que cuantos elogios pudieran salir de nuestra tosca y humilde pluma.

Dicho libro es realmente una novedad en su género, de modo que desde la primera página el lector juicioso y despreocupado experimenta una sorpresa, ó mejor diremos, un asombro inexplicable. Es una emoción parecida á la que siente el viajero al recorrer ó explorar las intrincadas y desconocidas selvas del Nuevo Mundo, ó al abarcar con la mirada desde un elevadísimo monte la inmensidad de la creación.

En efecto, así el estilo, como el lenguaje, las revelaciones y la interpretación, todo es completamente nuevo, grandioso y excepcional. Así es que el ánimo sorprendido y entusiasmado no halla la menor dificultad en creer que cuantos hechos corresponden al pasado, es decir, la historia de Francia, desde el siglo XVI, fueron vaticinados por el gran profeta, tal como se encuentran consignados por su admirable y á su vez vaticinado intérprete.

Por nuestra parte, no sabemos qué admirar más: las profecías ó su interpretación.

Hasta hoy todos los sucesos ocurridos en el órden político y religioso viene en apoyo de la profecía; digalo sino lo referente al Sr. Thiers, cuyo personaje acaba de fallecer en Francia, como de todos es sabido. Precisamente al entrar en prensa el pliego tercero de *¡Lo que será!* hemos observado con emoción profunda que el profeta sólo habla de dicho hombre de Estado en los dos primeros períodos en que se halla dividida la obra; es decir, respecto del pasado y lo presente; pero de ningun modo respecto del porvenir. Esta circunstancia es notabilísima, y basta por sí sola para recomendar eficazmente unas profecías cuya publicación, en vísperas de las elecciones en Francia, no puede ser más oportuna é interesante.

Hé aquí por qué abrigamos la confianza de que esta obrita va á gozar de un favor que pocas han gozado, así en España, como en las repúblicas hispano-americanas,

favor que irá creciendo indudablemente, á medida que los hechos vayan consumándose, y acreditando la importancia y exactitud de los vaticinios.

Ademas, ella servirá poderosamente para alentar las esperanzas de los creyentes respecto al próximo triunfo de la Iglesia, y para abrir los ojos de tantos y tantos hombres obcecados por el cúmulo de falsedades y aberraciones que se hallan en boga en nuestro descreído y positivista siglo.

El Director de las almas, ó compilacion de la doctrina cierta, precisa y clara sobre los fundamentos en que debe descansar el edificio de las virtudes que quiera levantar un alma en su corazon, escrita para ayuda de las almas piadosas, por E. C., presbítero.—Consta de un tomo en 8.º—Véndese á 2 pesetas, encuadernado en pasta.

Particularmente á los señores confesores y directores de espíritu se dirige el autor de esta nueva obra para recomendársela, y no porque pretenda con ella deberles enseñar algo, mas sí para poner en sus manos un auxiliar poderoso, para facilitarles

grandemente la direccion de sus hijos espirituales. Aficionad su ánimo á la lectura de *El Director de las almas*, y veréis con qué facilidad corren, y áun vuelan, por las sendas del amor de Dios. ¿Por qué así confía el autor? Porque su obra no es suya, sino más bien de aquellos santos y grandes autores, cuyos capítulos por entero, y de muchos sobre cada punto tiene copiados. San Francisco de Sales, santa Teresa, san Vicente de Paul, los venerables Kempis, Granada, Rodriguez (con profusion), y Escupoli, con los padres Molina, Croisset, Quadrupani y *Manual de Meditaciones* son casi toda la obra. Por medio de estos respetables autores, sentada la idea de la verdadera devoción, pasa á demostrar *El Director de las almas* la absoluta necesidad de la gracia y de la buena voluntad que á ella debe corresponder, dando en esto abundante y muy escogida doctrina. Luégo, en el supuesto de que el alma ya quiere darse á Dios, según se ha enseñado, hállase conducida á buscarse hábil maestro y director por oportunas reglas para no errar. En esto acabaría su plan el autor, si su celo no le llevara á describir y explanar para más apoyar á los confesores y auxiliar á las almas, toda aquella serie de medios necesarios á cada uno para alcanzar la propia santidad y perfeccion, lo cual procura con igual abundancia, solidez y claridad de doctrina.

Obras próximas á publicarse.

El Catecismo de María, ó María Madre de los hombres.

Explicacion de lo más principal que acerca de la santísima Virgen deben saber todos sus devotos, compuesto por D. José Juaniquet, licenciado en sagrada teología, curá arcipreste de Ager (en el obispado de Lérida).—Segunda edicion corregida y notablemente aumentada por el mismo autor.—Esta obra constará de un tomo en 16.º mayor.

Los verdaderos amantes de María no pueden prescindir de la obra que anunciamos; porque si catecismo es lo mismo que instruccion ó explicacion de algun objeto, el *Catecismo de María* es la exposicion y explicacion de las virtudes, grandezas, privilegios y prerogativas de la Inmaculada Virgen. Efectivamente, esto es lo que en él encontrará el lector. Esto es lo que, en cuanto humanamente es dable, comprende con suma facilidad: verá un sencillo, pero hermoso retrato de la augusta Reina del cielo, Madre de Dios y de los hombres.

¿Quién, que de veras ama, no se complace en recordar las gracias y bellezas de aquella persona que ocupa su corazon; aunque se halle separada por una distancia inmensa? ¿Quién, en este caso, no se procura á todo coste un retrato para contemplarla más de cerca, dando así una dilatada expansion á las sensaciones de su espíritu?... Debiendo, pues, la Virgen santísima ocupar el primer lugar, despues de Dios, en los pechos cristianos: siendo verdadera Madre de los hombres, la que tambien es Madre verdadera de Dios, se nos hace indispensable que hagamos en obsequio de María, siquiera lo que hacen los mundanos por las criaturas, que por hermosas y elegantes que hoy aparezcan, se convertirán mañana en hediondez, podre y corrupcion.

El amor puro y santo que la lectura del *Catecismo de María* encenderá en las almas que lo mediten debidamente, las ha de dejar satisfechas, y dulcemente embargadas de un inefable gozo y alegría, que ademas de hacerlas llevaderas las miserias de la vida presente, será el preludio de la que han de disfrutar eternamente en la futura, cuando en la patria celestial contemplen cara á cara á la que sólo pudieron contemplar aquí con los ojos de la fe.

Anuario de Maria, ó el verdadero siervo de la Virgen santísima. Aprobado en Roma, y presentado á la santidad de Gregorio XVI, por M. Menghi-D'Arville, protonotario apostólico. Traducido al español por el P. M. Fr. Magin Ferrer, de la Orden de la Merced.—Constará de un tomo en 8.º mayor, con una lámina fina.

Cronología histórica de los órdenes religiosos y militares que han adornado el orbe cristiano, por D. Elías Guitar y Gabarró.—Constará de un tomo en 4.º é irá ilustrada con láminas en que se verán los diferentes hábitos de todas las Ordenes religiosas y militares que han existido y existen.

La Sagrada Biblia, traducida al español de la *Vulgata latina*, y anotada conforme al sentido de los santos Padres y expositores católicos, por el ilustrísimo Sr. D. Felipe Scio de San Miguel, revisada por el Ilre. Sr. D. D. José Palau.—Constará de 10 tomos en 8.º mayor, é irá ilustrada con láminas grabadas sobre boj.

La Virgen. Historia de María Madre de Dios. Completada por las tradiciones de Oriente, los escritos de los santos Padres y las costumbres de los hebreos. Por el abate Orsini. Traducida de la segunda edicion francesa, por D. R. M. y S.—Constará de un tomo en 8.º mayor, con una lámina fina.

El Cristianismo. Su divino autor, su fundacion, su doctrina, sus instituciones, su eterna verdad. Dibujado con un carbon por D. ***.—Constará de un tomo en 8.º

Publicaciones periódicas.

Ecós del Amor de María.—*Publicacion quincenal, destinada á difundir las glorias y la devocion á la Inmaculada Reina de los cielos, María santísima*, dirigida por D. Juan Martí y Cantó, presbítero, misionero apostólico, bajo los auspicios de los excelentísimos é ilustrísimos señores obispos que desde la aparicion de los *Ecós* han ido sucediéndose en la silla de Barcelona hasta el último prelado Excmo. é Ilmo. Sr. D. D. Fr. Joaquin Lluch y Garriga.—Van publicados diez tomos y se está repartiendo el undécimo: el 1.º se vende á 2'75 pesetas en rama y 4 en medio chagrín; el 2.º y sucesivos se venden á 3'50 y 5 respectivamente cada uno.

Salen los dias 1.º y 15 de cada mes en entregas de 16 páginas en 4.º con cubierta de color. Se suscribe á 1'25 pesetas por trimestre, 2 por semestre y 3'50 por anualidad.

(Véase el prospecto de esta publicacion en el BOLETIN n.º 1.)

Revista histórica. Publicacion mensual de Ciencias históricas y Bellas artes.—Van publicados tres tomos y está repartiéndose el cuarto: el primero se vende á 8 pesetas y los restantes á 12.

El precio de suscripcion es el de 6 pesetas por semestre en la Peninsula, y 8 en ultramar y extranjero.—Los números sueltos se venden á 1'25 pesetas en la Peninsula, y 1'50 en ultramar y extranjero.—Se reparte á mediados de cada mes en cuadernos de 32 páginas en folio con cubierta de color, formando los doce números del año un tomo.

(Véase el prospecto de esta publicacion en el BOLETIN n.º 9 y 10).

La Salud. *Semanario popular de intereses vitales, ilustrado con grabados, siempre que el caso lo requiera.* Director-proprietario, D. José de Letamendi, doctor en Medicina, catedrático de Anatomía de esta Facultad, etc.—Van publicados 43 números y continua saliendo uno cada semana.

Precios de suscripcion: Peninsula. Semestre, 7'50 pesetas; Año, 12'50 — Extranjero y ultramar. Semestre, 9'50 pesetas; Año, 16'50.—Número suelto, 0'50 peseta en la Peninsula y 0'75 extranjero y ultramar.—Anuncios en las cubiertas, á precios convencionales.

Para dar á conocer la importancia de este *Semanario*, insertamos á continuacion los Sumarios de algunos números:

N.º 1.—Motivos de esta publicacion. (Artículo prospecto).—Concepto real de la vida.—Abuso de la carne cruda. (La solitaria).—Bebidas higiénicas.—Primer socorro en casos de desgracia.—Noticias universales, nacionales y locales. —Bibliografía.—Propagacion del sarampion y de la escarlatina.—Un volumen en diez líneas.—Un poco de buen humor por vía de postre higiénico. N.º 2.—La política conservadora... del pellejo.—Tratamiento de la solitaria.—

Medio seguro é inofensivo de evitar las picaduras de viruelas.—Para los vendedores de comestibles.—Para los compradores de manteca de Flándes.—Limpimento para hacer cesar la secrecion de leche.—Medio sencillo para curar las grietas del pezón.—Procedimiento para conservar los tomates.—La alimentacion del proletario.—Noticias universales, nacionales y locales.—Datos del parte medico-estadístico de setiembre del Hospital provincial de Madrid.—Bibliografía.—Fiebre tifóidea.—La Exposicion higiénica de Bruselas.—La ciencia en jalea.—Un poco de buen humor, etc.

N.º 3.—Higiene personal.—La tisis.—Método para descubrir fucsina en el vino.—Medios para conocer si el aceite es puro.—Cuadro sinóptico de la composicion química de las materias alimenticias.—Noticias universales, nacionales y locales.—Cuadro de la salud intelectual de nuestro pais.—Bibliografía —La Alsacia alta en 1875.—La mortalidad de San Francisco en 1875.—Dato interesante para las mujeres.—Nueva señal de muerte.—Sobre la aprension.—Un poco de buen humor, etc.

N.º 4.—Datos para la higiene personal.—Balance del capital de un feto.—Higiene del cabello.—Más sobre la fucsina.—La aritmética en la cocina.—Noticias universales, nacionales y locales.—Bibliografía.—Parte medico-estadístico de octubre referente á los establecimientos de beneficencia de Madrid.—Un poco de buen humor, etc.

N.º 5.—Consecuencias serias de premisas festivas.—Consejos elementales á las madres y nodrizas.—Investigacion de las materias introducidas fraudulentamente en la cerveza.—Higiene del obrero que maneja fósforo.—Noticias universales, nacionales y locales.—Bibliografía.—Estadística.—Etiología de la coqueluche.—Refranes acerca de la habitacion.—Sentencias sin pretensiones.

N.º 6.—La diplomacia de la vida.—Emanaciones de las plantas en los aposentos.—Cerveza casera.—Condicion sanitaria de los trabajadores de las fábricas de algodón.—Noticias universales, nacionales y locales.—Bibliografía.—In-

fluencia de las grandes poblaciones en la tisis.—Estado sanitario de la armada alemana desde 1.º de abril 1875 á 31 de marzo 1876.—La epidemia de la fiebre tifóidea de París.—Refranes.—Sentencias sin pretensiones.

N.º 7.—El déficit del lector.—Los desinfectantes.—El reestanco de la sal.—Cerveza de leche, su fabricacion y sus usos.—Noticias universales nacionales y locales.—Bibliografías.—Movimiento de la poblacion de Munchen en 1876.—Consideraciones higiénicas sobre los vestidos interiores reticulares.—Un poco de buen humor, etc.

N.º 8.—Entre paréntesis.—Higiene del fumador.—Remedios contra el insomnio. Cold-cream.—Condiciones sanitarias de los trabajadores que manejan azufre.—Noticias universales, nacionales y locales.—Bibliografía.—Influencia del trabajo en los niños.—Progreso de la hipofagia.—La atmósfera de las viviendas y la duracion de la vida.—Calentador con temperatura constante.—Vaselina.—Cosmolina.—Un poco de buen humor, etc.

N.º 9.—¿Quid faciendum?—Aislamiento de los contubernales de enfermos contagiosos.—Galleta-carne.—De las fábricas de loza: accion del plomo en los trabajadores empleados en el vidriado de las vasijas de barro. Medios profilácticos.—Noticias universales, nacionales y locales.—Bibliografía.—Movimiento de la poblacion de Berlin en 1876.—La triquinosis en los Estados Unidos.—Movimiento de enfermos en los establecimientos públicos de San Petersburgo durante el año 1875.—Los inconvenientes de los caloríferos.—Intoxicacion saturnina por el consumo de verduras.—Refranes.—Un poco de buen humor, etc.

N.º 10.—¿Quid faciendum?—Cultivo de la energia.—Primera forma: Espontaneidad.—La sal.—Influencia del aire viciado en la salud de los niños.—Intoxicacion por los gases que se desprenden por la explosion de la dinamita.—Noticias universales, nacionales y locales.—Bibliografía.—Dificultades que se ofrecen para formar una estadística médica, y necesidad de ella.—Un poco de buen humor, etc.